

La Esfera



Año I * Núm. 33

Precio: 50 cénts.



ANDALUZA DE 1830, cuadro de Brugada



Hermana de
las rosas serás,
por tu hermosura y fragancia, si te lavas
todas las mañanas con Jabón
HENO de PRAVIA

Ehrmann

Año I

15 de Agosto de 1914

Núm. 33

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DISUJO DE GAMONAL

GUILLERMO II, EMPERADOR DE ALEMANIA

Cuya decidida protección en favor de los austríacos con motivo de la guerra austro-servia, ha determinado el actual conflicto europeo

DE LA VIDA QUE PASA LOS HUMILDES ANTE LA GUERRA



EL REY ALBERTO DE BÉLGICA
Que se ha puesto al frente de las tropas de su nación, que tan heroicamente defienden el territorio belga de la invasión alemana

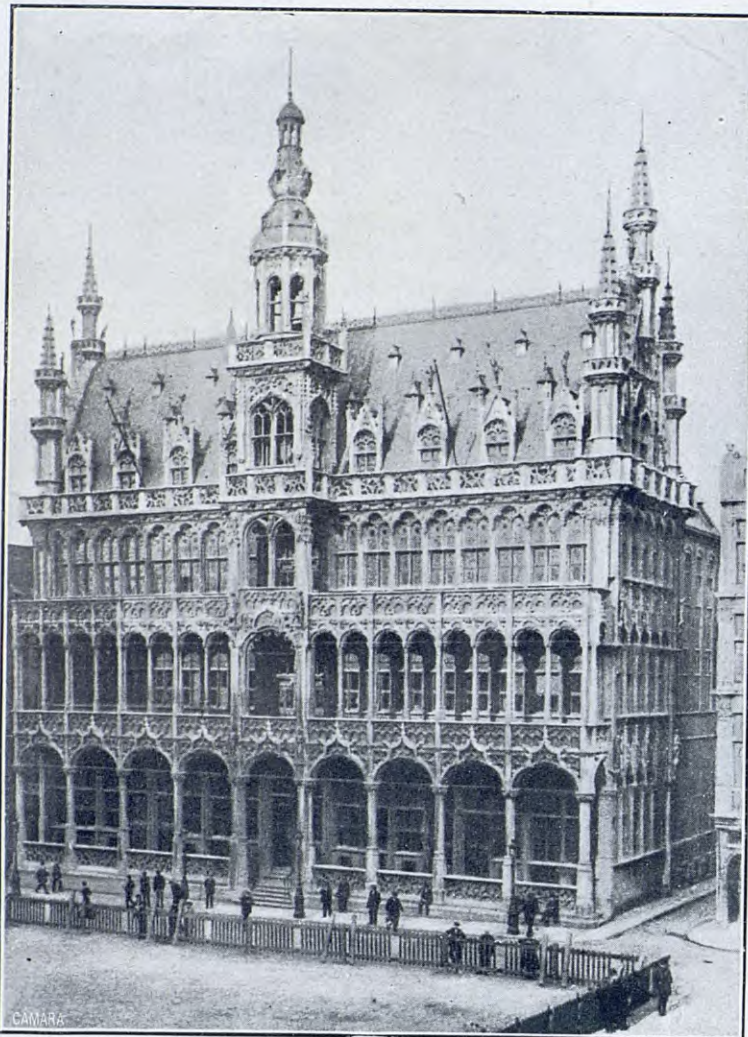
Las gentes se espantan ahora de la guerra. Sólo al amago del conflicto, al desligarse unas naciones de otras rompiendo sus relaciones diplomáticas, se han cerrado las Bolsas; se ha interrumpido el trabajo en las minas, en las fábricas, en las tiendas; se ha depreciado el dinero; se han destruido puentes y túneles y vías férreas; ha cesado el comercio; se ha paralizado la navegación; ha comenzado el hambre...

No basta ser neutral en la contienda para no recibir daños y estar corriendo, mientras la conflagración dure, el riesgo de ser envueltos y arrastrados en ese torbellino de locura. Todo el admirable artificio de nuestra civilización se resquebraja y la trabazón de intereses internacionales se deseslabona de tal modo, que el mal va á ciegas, cayendo al azar sobre pueblos inocentes, que nada tienen que ver con los odios tradicionales de eslavos, sajones, galos y teutones.

El labrador que en Alicante y Almería ha cultivado un año entero sus parrales, viéndose al cabo del invierno libre de heladas y pedriscos, se encuentra ahora con que no puede convertir sus uvas en libras esterlinas, con que no tiene á quien venderlas, ni hay mercados abiertos donde enviarlas, ni buques donde conducir las. Y, del mismo modo, cuantos mantienen la exportación española con las piratas de plomo y la tierra roja del hierro, y las naranjas de Valencia y los aceites de Sevilla y Tarragona y el corcho de Extremadura y Gerona y los vinos de Jerez, se encuentran inesperadamente con sus negocios truncados, con los giros de sus créditos irrealizables, con sus obreros sin trabajo. ¿Se puede calcular cuántos millones costará esta adversidad á España? Y esta desolación se produce en todos los países, lo mismo en los que se han lanzado á la aventura bélica, que en los que han proclamado su neutralidad y quieren mantener la paz.

Ningún espectáculo más doloroso que el de esa pobre Bélgica, tan industrial, tan trabajadora, tan progresiva, que ha sabido mantener la personalidad de su escaso territorio en medio de las naciones titanes, viéndose pateada por los furiosos caballos invasores y cañoneada por una artillería brutal, con alma de acero...! Esa pobre Holanda, que es una de las prendas más gloriosas del esfuerzo humano, ganando al mar palmo á palmo, su minúsculo territorio, conservando, durante cuarenta años, bajo el reinado de dos mujeres, sin escuadra y sin ejército casi, un riquísimo imperio colonial, viendo cómo el asolamiento de la guerra llega á los muros mismos del Templo de la Paz, alzado en La Haya...

Todavía las naciones grandes, las que han



Bélgica.—La casa del Rey, en la gran plaza de Bruselas

provocado el conflicto tienen ambiciones que esperan saciar. Confían en la victoria, cuentan con recobrar en el período de paz que siga al aniquilamiento de sus enemigos la riqueza y el poderío que van á dilapidar en la contienda; sueñan con acrecer sus dominios sobre territorios continentales ó coloniales de que serán despojados los vencidos, ¡pero Holanda, pero Bélgica, pero nosotros...! En los oídos alemanes tintinean aún



LA GRAN DUQUESA MARÍA ADELAIDA DE LUXEMBURGO
Soberana del territorio invadido por las tropas alemanas



GUILLERMINA DE HOLANDA
Que, al ver invadido su territorio por las tropas alemanas en guerra con el estado francés, ha declarado su nación en estado de sitio

los millones del oro francés de la indemnización de 1870. En la fiera mirada de Austria reverbera la visión de las provincias lombardo-vénetas, reflejando en las aguas del Adriático las banderas del doble Imperio. En el corazón de Inglaterra late el anhelo de acrecer el rosario de sus posiciones costeras, comenzándolo en Kiel ó en Hamburgo, y en el alma rusa ruje la ambición de ver su medio día en aguas libres del Mediterráneo. En este desatamiento de odios de raza, se codicia todo, desde Polonia á Marruecos, desde Lorena á Argelia, desde Chipre á Camerun...! Pero esos pobres aldeanos belgas fusilados, diezmados, porque intentaron, con un santo derecho, defender sus casitas, sus establos, sus graneros, sus corrales de gallinas y palomas, ¿qué ambición tenían, qué tierras codiciaban, qué soberanías pensaban establecer? ¿Dónde habrá justicia para tanta iniquidad? Y en el fragor de esta guerra, esa página cruel quedará olvidada por la Historia; no habrá una palabra misericordiosa para su recuerdo; no habrá una maldición para sus asesinos.

¡Y se asombran las gentes de la guerra! Pues, hace cuarenta años, ¿no se viene urdiendo, preparando, perfeccionando esta conflagración? ¿Los capitalistas que ahora claman ante las Bolsas cerradas el quebranto de sus valores depreciados, los industriales que buscaban la explotación de mercados nacionales y soñaban con el exterminio de sus competidores extranjeros, los políticos que alentaban las torpes pasiones de la muchedumbre, no han sido los mantenedores de la paz armada?

Se nos decía á los predicadores de la paz, que la garantía de su mantenimiento estaba en ser fuertes. El equívoco se ha deshecho como un castillete de naipes. Alemania no construía sus acorazados para mantener la paz, sino para preparar la guerra. Inglaterra y Francia y Rusia y Austria pensaban lo mismo. Había la seguridad de que al sonar la hora trágica, los socialistas y los pacifistas de todos los países, se sentirían tocados del contagio bélico y antes que hombres de ideas, serían alemanes, ingleses, rusos, austriacos ó franceses. Ni en nombre de Dios ni en nombre de la humanidad se ha maldecido esta hora de soberbia que tantas lágrimas ha de costar; antes al contrario, en nombre de Dios y de la humanidad, los reyes de unos y otros bandos lanzan sus pueblos á la guerra. Y viendo como los pueblos enardecidos se prestan á ser sacrificados en el ara de Moloch insaciable, es forzoso dudar de la certidumbre de los destinos humanos. No hay civilización que acierte á domar la bestia que llevamos dentro.

DIONISIO PÉREZ

EL EJÉRCITO ALEMÁN EN CAMPAÑA



Un escuadrón de Caballería alemana en el momento de iniciar una carga contra las fuerzas enemigas

En el poderoso ejército alemán, la caballería constituye uno de los más fuertes elementos de combate. Componen el arma de caballería 98 regimientos de cinco escuadrones y cinco regimientos de cuatro escuadrones, ó sea en total 510 escuadrones, componiendo el armamento



el sable, la lanza y la carabina. Forman un contingente de 74.135 hombres. En el arma de caballería tienen fama los célebres hulanos, que tanto se distinguieron en la guerra de 1870. Forman 19 regimientos, de los que hay tres destinados á la guarda del Emperador.



El Kaiser, acompañado de sus ayudantes, revistando á los húsares de la guardia.—El escuadrón de húsares desfilando ante el Emperador

FOTS. HUGELMANN

LA INTERVENCIÓN DE INGLATERRA EN EL CONFLICTO EUROPEO



Reservistas de marinería inglesa embarcando en Portsmouth, al decretarse la movilización general de las fuerzas de mar y tierra

HERMOSO ha sido el rasgo de Inglaterra, lanzándose á la vorágine infernal que hace estremecer á Europa, en defensa de los derechos de un pueblo pequeño y pacífico, pisotea-

dos por la planta de un invasor poderoso y resuelto á todo. Esta actitud gallarda de la fortísima Albión, análoga á la que adoptara cuando España luchaba contra la invasión napoleónica,

ha despertado en todo el mundo las más entusiásticas simpatías hacia el pueblo y el Gobierno británico, cuya influencia ha de dejarse sentir en la marcha de la guerra.



El Rey Jorge, de Inglaterra, revistando á los cadetes de la Escuela Militar de Sandhurst, con motivo de la movilización del Ejército inglés

FOTS. HUGELMANN



NUESTRAS VISITAS HABLANDO CON LA INFANTA ISABEL



El corro de S. A. R. la infanta Doña Isabel en los jardines del Palacio Real, de San Ildefonso

Al entrar en los jardines le preguntamos á un guarda:—Quiere usted decirnos: la Infanta Isabel ¿sobre qué hora acostumbra á pasear por los jardines?—El buen guarda, antes de responder, nos ha inspec-

cionado detenidamente. La fisonomía de Campúa, casi familiar para él, le ha tranquilizado. Además, la máquina fotográfica, mi aspecto de hombre de orden y el automóvil que hemos dejado en la plazoleta, le han decidido á contestarnos afablemente:

—Baja casi siempre á eso de las once y media ó las doce. Unos días, pasea y después se sienta en su «corro», y otros días no pasea; pero al «corro» no falta nunca.

—Y ¿dónde está su «corro»?... indagamos.

—Son aquellos diez bancos que hay allí enfrente colocados en círculo—contesta el guarda indicándonos el sitio.—Su Alteza gus-

ta de sentarse ahí; todas las familias que se encuentran veraneando en La Granja la rodean y sostienen una hora de tertulia.

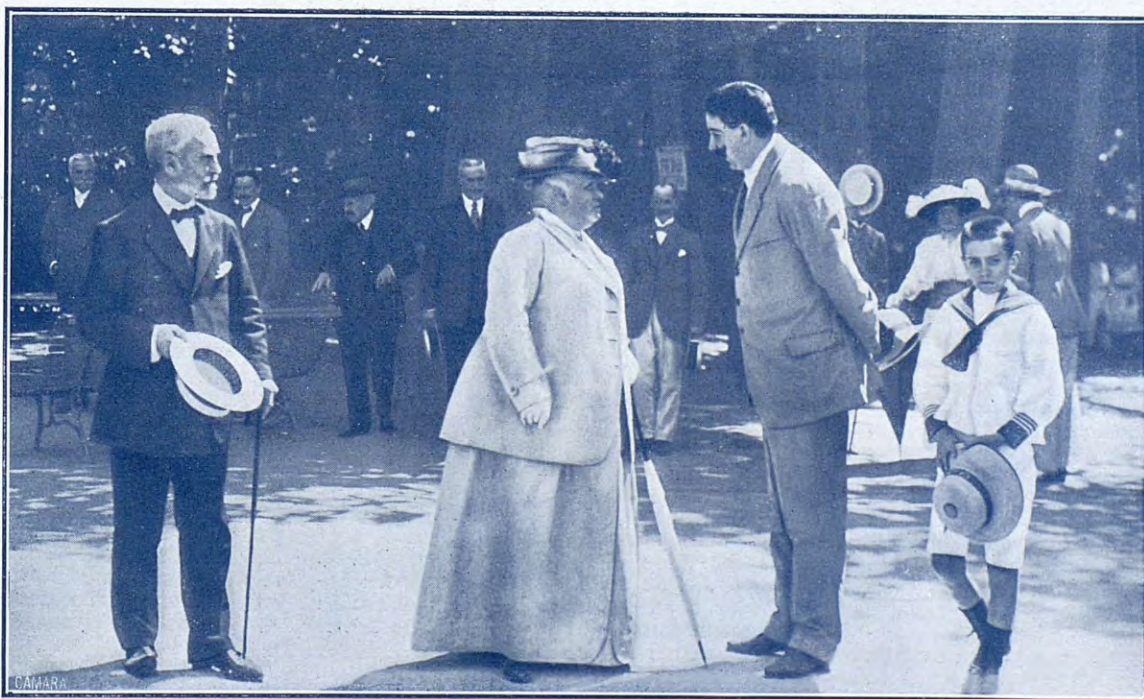
—Bueno; muchas gracias y hasta luego—agradecemos en despedida.

—Hasta luego; vayan ustedes con Dios.

Y nos internamos por los jardines.

Jardines de encantamiento son estos de La Granja que nada tienen que envidiar á los de Versalles. El aire fresco que bulle por su fronda nos vivifica. Caen once campanadas que llenan todo de melancolía con la dulce pereza de sus tañidos... Por entre los calados del ramaje apenas pueden penetrar luceros de sol, que sobre la arena parece dibujar un caprichoso encaje. Es este un sol adulator que alegra y no molesta. Sol de reyes que parece enseñado á agrandar siempre.

Nosotros llegamos hasta un banco



S. A. R. la infanta Doña Isabel conversando con nuestro compañero "El Caballero Audaz" en los jardines de La Granja

de madera y allí nos dejamos caer. Frente a nosotros se eleva el antiguo palacio de edificación regia... A la derecha se abre el amplio paseo Reina Victoria, con su doble fila de castaños cuyas ramas se enlazan en la altura, haciendo un delicioso túnel. Allá en el fondo, entre el palacio y las fuentes, se eleva ceremonioso un ciprés; tras de él, en lo hondo del campo, emerge la montaña con grandes manchones grises, verdes, negros y amarillos, y cuyo penacho parece buscar un beso en el tul añilado del cielo. Los paseos, con sus macizos de ramoso boj, simétricamente recortado, con sus monumentales y artísticos jarrones de piedra, van poco a poco poblándose dispersamente.

Acá, en la plazoleta cercana, unas niñas vestidas con trajes de piqué blanco, que parecen una bandada de palomas, saltan á la comba entre risas y voces argentinas. Casi al lado, unos mu-

pués, surge una damita muy joven y muy bella. Su *en-tout-cas* rojo, entre el verdor de los jardines, parece una enorme amapola ó una rosa de la India, y toda ella atrae como una flor.

Vuelve á tocar la campana y el eco queda extinguiéndose lentamente. Entonces hay una conmoción en todo el jardín. Todo el mundo, guardas, sacerdotes, señoras, damitas, corren hacia la plazoleta donde se alza el palacio. Los niños también han abandonado sus juegos...

—¡La Infanta!... ¡Ya ha bajado la Infanta!—oímos gritar.

Y, en efecto, la augusta dama sale del palacio y reparte apretones de manos y conversa con un guarda y le pregunta por la salud de su mujer. Los chicos se acercan con respetuosa humildad, llena de cariño, y van besando la noble mano de la más amada infanta de España... A alguna distancia sigue sus pasos la bella se-

en automóvil, para decírselas como Dios me dé á entender á mis lectores.

—¿Un periodista?—exclama Doña Isabel, con bondadoso y franco acento.—Y ¿cómo se llama usted?

—Señora: me llamo—decimos nuestro nombre—y esta interviú ó conversación con Vuestra Alteza deseo publicarla en LA ESFERA, bajo el seudónimo de *El Caballero Audaz*, que es con el que firmo mis trabajos.

—¡Ah! ya... *El Caballero Audaz*. Lo leo á usted con mucha frecuencia.

—En todos los números de LA ESFERA—agrega la Sra. Beltrán de Lis, haciendo un mohín encantador.

—Saber esto, es para mí el más grande honor de mi vida—agradezco ya algo más dueño de mí, por la sencilla y maternal afabilidad de Su Alteza.



S. A. R. en el mirador rústico de la ría pequeña de los jardines de La Granja, acompañada de la señorita de Beltrán de Lis y de "El Caballero Audaz"

chachotes juegan al *foot-ball* entre gritos y discusiones. «¡No, Merino; eso no vale!...»

Tres grandullona; nodrizas, majamente ataviadas con sus bullones y chorreras de encajes almidonados y los engarces de monedas de plata, parlotean en pie recordando las delicias del terruño. Recostado sobre un banco un caballero lee ensimismado el quinto tomo de *Fantomas*. Nosotros sentimos un destello de compasión por este veraneante. Una bella damita, severamente enlutada, pasea sus ojos azules y melancólicos sobre el encanto del jardín. Seguramente no ve nada de lo que mira, pues, en realidad, lleva su vista perdida en el Ideal. Un cadete de ingenieros, lleno de juventud y de gentileza, juega con su fusta escribiendo nombres sobre la arena. Ha escrito tres veces «Purificación». Este será el nombre de la que llena el alma del joven cadete; no lo dudéis. Dos sacerdotes, de esos que hemos visto en las aguafuertes de Baroja, avanzan lentamente, sosteniendo una plática sencilla y plácida. Habla el más anciano, y de vez en cuando se detiene, para darle más énfasis á su charla, y asegurarse las gafas de oro. Y, des-

ñorita Beltrán de Lis. Doña Isabel, después de repartir la gracia de sus saludos, se encamina por el empinado paseo que conduce á «el Mar».

Nosotros que hemos venido á este delicioso paraje con el único propósito de que S. A. R. nos haga la merced y la alta honra de hablarnos, corremos á su encuentro.

A dos pasos de la real persona nos conturba una leve inquietud. ¿Sabremos hablar á una infanta?... ¿Será tanto nuestro azoramiento que, si sabemos decir algo, no diremos más que alguna tontería?... ¿Nos olvidaremos del respetuoso tratamiento de «Vuestra Alteza» y le soltaremos un usted como una casa?...

Mas desechando perplejidades é inquietudes nos decidimos, llenos de turbación.

—Señora: á los Reales pies de Vuestra Alteza.

Doña Isabel se detiene un instante para corresponder á nuestro saludo, y nos ofrece su mano, que nosotros nos inclinamos á besar llenos de emoción respetuosa...

—Señora—explicamos nosotros.—Yo soy un modesto periodista que aspira á que Vuestra Alteza le cuente las impresiones de su último viaje

—¡Oh! ¡LA ESFERA! Que periódico tan bonito—ensalza la Infanta.

—¡Precioso! ¡Precioso!—confirma la señorita Beltrán de Lis.

—Mucho agradeceremos toda la vida los valiosos juicios de Vuestra Alteza, que nos estimularán para luchar. ¿Tiene Vuestra Alteza todos los números?

—Sí, señor, sí; por conducto de Campúa me hice suscriptora.

La Infanta Isabel es toda bondad y sencillez... Habla con naturalidad familiar. Escucha con un gesto de interés benevolente, dispuesta siempre á complacer y á identificarse con la persona que le habla. Le interesa todo, hasta los más nimios detalles, y nosotros estamos seguros de que esta santa mujer que con sus cabellos blancos como la plata y con su gesto plácido parece la matrona del Bien, muchas veces habrá llorado escuchando las penas y necesidades del menesteroso que tuvo la dicha de llegar hasta ella para ser socorrido. Así es esta noble Infanta de Castilla.

—Pues, yo de mi viaje—exclama, continuando su paseo—no puedo decirle á usted más que me



La infanta paseando por los jardines de La Granja



POTS. CAMPÚA La infanta, con la señorita de Beltrán de Lis, descansando del paseo

ha resultado delicioso y que vengo encantada, tanto por la belleza de los paisajes como por los agasajos con que he sido acogida en todos sitios.

—¿Cuál le ha parecido más bello á Vuestra Alteza?

—Todos; cada uno por su estilo, me han gustado muchísimo... Porque, claro, yo no pretendo encontrar la misma belleza en los campos de Castilla que en los de Galicia... Pero cada uno tiene su encanto y muchas cosas que admirar. Vamos, yo estoy complacidísima porque ha sido un viaje completo y felicísimo.

—¿Cuánto tiempo ha durado?

—Un mes justo. Hasta eso ha sido bonito: salimos de Madrid el 26 de Junio y llegamos á La Granja el 26 de Julio.

—¿No le ha ocurrido á Vuestra Alteza ningún incidente durante el viaje?

—Nada absolutamente... Un solo neumático reventado al entrar en Monforte. Y luego, ya á la vuelta, que se inutilizó el automóvil en Avila; pero como estaba tan cerca, mandé pedir otro aquí á La Granja.

—¿Y alguna anécdota?

—No tengo anécdota ninguna importante que contar. Las que ocurren con frecuencia en estos viajes.

—Vuestra Alteza ¿comía en el campo durante el viaje ó en los pueblos del trayecto?

—Generalmente, en el campo. En las casillas de los peones camineros. Allí se ponía la mesa y comían ellos con nosotros; todos juntos.

—Algunos no conocían á Vuestra Alteza—advertis.

—Muchos, pero todos muy buenos. ¡Pobrecitos! Tan trabajadores y las mujeres tan hacendosas. Cerca de León, una de estas buenas mujeres me enseñó su comidita con la ropa tan limpia y tan ordenada... ¡Daba gloria de verlo todo! Esta me contó que tenía un hijo soldado en Lanceros y que la hija tenía novio y se iban á casar pronto. Muy buenos ¡los pobres!... Hoy por cierto he recibido una carta de ellos...

El acento de Doña Isabel es de una dulzura piadosa.

—¿Cuántos días se detenía Vuestra Alteza en las capitales donde descansaba?

—Dos días. Las jornadas en automóvil eran de ocho y diez horas.

—Entonces, Vuestra Alteza comenzó el viaje por Valladolid y volvió por Avila.

—Verá usted. Salimos por Segovia, Valladolid... Cerca de Palencia nos cogió una tormenta enorme. En Palencia habían caído varios rayos y el automóvil, al rodar sobre la anegada carretera, parecía ir por un río. Levantaba unos remolinos de agua enormes. De Palencia fuimos á León. Allí visité con detenimiento la Catedral, que me dejó maravillada. Después Monforte, Lugo, Ferrol, Coruña. En Coruña estuve á visitar el Sanatorio de Oza, que es digno de todo elogio. Seguimos á Santiago, Toja, donde me detuve varios días. Después Pontevedra, Vigo, Mondariz, Zamora; en este último sitio hacía un frío enorme y llegamos por Salamanca y Avila á La Granja.

—Es un viaje precioso; pero se necesita una gran resistencia física para realizarlo...

—Pues yo, no solamente no he tenido ni la menor indisposición, sino que me ha sentado muy bien.

—Eso denota que Vuestra Alteza disfruta de una envidiable salud.

—Una salud magnífica—dice la Srta. Beltrán de Lis.

Hay un corto silencio. Andando, andando, entretejidos con la amena conversación de la augusta dama, hemos llegado á un cenador ó mirador rústico hecho con troncos de los árboles que está á la orilla de «el Mar». Bajo él, corre murmurador un arroyuelo. Al fin arroyuelo cortesano. La Infanta toma asiento en el cenador y después nosotros, obedeciendo su invitación.

—Aquí en La Granja, tiene Vuestra Alteza una temperatura deliciosa y la vida en estos jardines le resultará muy grata,—observamos.

Y tras una breve pausa, continuamos:

—¿Acostumbra á madrugar Vuestra Alteza?

—Según: Unas veces sí y otras no. A mí nunca me gusta adaptar mi vida y mis actos á un método. Eso de moverme á paso de reloj, me horroriza. Ahora sí, como vengo aquí á descansar, no concedo á nadie audiencias; es decir, las concedo así como esta de usted, al aire libre y de paseo... Porque en Madrid es una cosa atroz. Durante todo el día estoy recibiendo visitas.

—¡Oh! ¡Es terrible!—exclama la Srta. Beltrán de Lis.—Hay días en que, si le quedara á una

tiempo siquiera para irse á su cuarto y llorar, sería una feliz.

—Y, no hay más remedio. Bastante hacen los que nos tienen presentes—agrega la Infanta con benevolencia, al mismo tiempo que se pone de pie.

—¿Irá hoy Vuestra Alteza al «corro»?

—Sí, señor; desde aquí.

Entonces, nosotros nos despedimos.

La bondadosa, la excelsa, la augusta dama, tan querida por el humilde, vuelve á darnos á besar su mano, al mismo tiempo que, en tono de broma, nos advierte:

—¡Cuidado con lo que dice usted que yo he dicho! Hablar poco, muy poco; mientras menos mejor.

—Vuestra Alteza, señora,—le contestamos—nos hará el honor de verlo antes que nadie.

Asiente con un movimiento de cabeza y, nosotros, fuera ya del mirador rústico de la ría, le ofrendamos una última reverencia acompañada de —Beso los Reales pies de Vuestra Alteza.

Y pasó media hora y llegó Doña Isabel al «corro». La seguía la señorita Beltrán de Lis. Ya esperaban á su Alteza las distinguidas familias que veranean en La Granja. Abundaban las muchachas de maravillosa belleza... Todos fueron besando la mano de la egregia Infanta, que tomó asiento en uno de los bancos del «corro». Fuimos sentando en derredor suyo. Doña Isabel comenzó la conversación en voz alta.

—¿De esto, no dirá usted ni una palabra, Caballero Audaz—nos previno sonriente.

—Ni una palabra, señora—asegura nos con solemnidad.

El «corro», al saber nuestra profesión de cronista, nos examinó atentamente. Resistimos esta investigación algo azorados.

Volvió á enhebrarse la charla, que se alimentaba de los sucesos del día: la guerra, el proceso Caillaux...

La lindísima señorita Margot Beltrán de Lis, con su vestido y *canotier* blancos, se deslizaba gentilísima y grácil como un cisne, repartiendo sonrisas entre los amigos. El Sr. Coello, hacía esfuerzos por escuchar, con la mano puesta en el oído, lo que hablaba Su Serenísima Señora.



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CAPRICHOS, por J. García Gutiérrez

ARTE DECORATIVO

LOS DIBUJOS DE GARCIA GUTIERREZ



En distintas ocasiones se han censurado los procedimientos que siguen los profesores de las Escuelas de Artes e Industrias provincianas. Y bien triste es reconocer que casi siempre eran justas esas censuras. Pero, así y todo, existen honrosísimas excepciones que se destacan tanto más cuanto es de rutinario, amanejado y empobrecido el medio en que habrán de realizar su labor artística.

Una de estas excepciones es el señor García Gutiérrez, director de la Escuela de Artes e Industrias de Córdoba, que en la última Exposición de Arte Decorativo obtuvo una medalla por su envío de conjunto.

García Gutiérrez, hijo de un merísimo artista, de aquel García Menca autor del admirable lienzo *Nube de Verano*, es un espíritu exquisito y cultivado por el estudio de las modernas orientaciones estéticas.

En plena juventud ha sentido muchas veces la grata pesadumbre del laurel y desparrama como un sembrador de belleza, sus ideas y doctrinas sobre numerosos discípulos.

La característica del arte de García Gutiérrez es la interpretación estiliza-



El notable artista D. J. García Gutiérrez, en su estudio FOT. SALAZAR

da y simplificada de la Naturaleza. Sus modelos están en la flora, en la fauna, cuyas líneas, formas y colores desentraña con admirable sobriedad. Sus motivos decorativos no han surgido de libros ni estampas ajenas. Surgen de la propia observación y de los espontáneos acordes, armonías y líneas que ofrece el natural.

No otro es el secreto del arte japonés que tan directa influencia ha ejercido y ejerce sobre las actuales escuelas europeas de arte decorativo.

En la mayoría de las españolas se guía practicándose el antiguo sistema de la copia de grabados, del dibujo lineal sobre modelos viejos, de las copias del yeso...

Precisamente visitando días pasados el excelente Museo de Artes Industriales que dirige el Sr. Domenech y al que habremos de consagrar en breve la debida atención, tuvimos oportunidad de observar hasta qué punto varía de orientación nuestro arte decorativo, por instintivo buen gusto, por una consciente necesidad de selección; García Gutiérrez sigue en España esta sana y verdadera orientación.—S. L.



Dibujos del Sr. García Gutiérrez

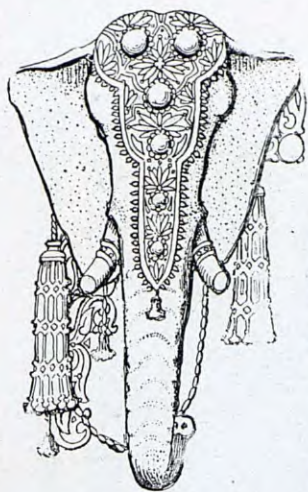
LA ESFERA

ARTE DECORATIVO

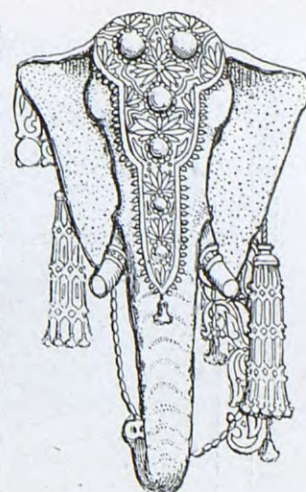


EL REY DE LA NOCHE

Dibujo del notable artista D. J. García Gutiérrez

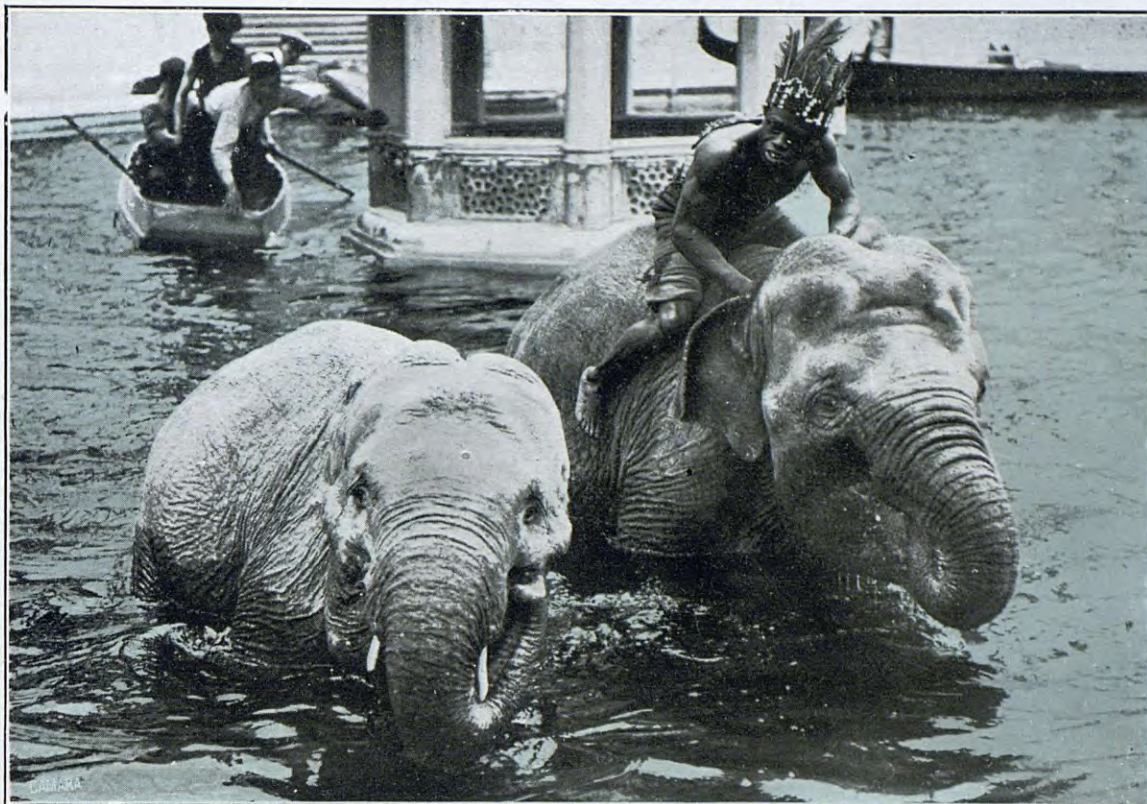


CURIOSIDADES DE LA VIDA LONDINENSE



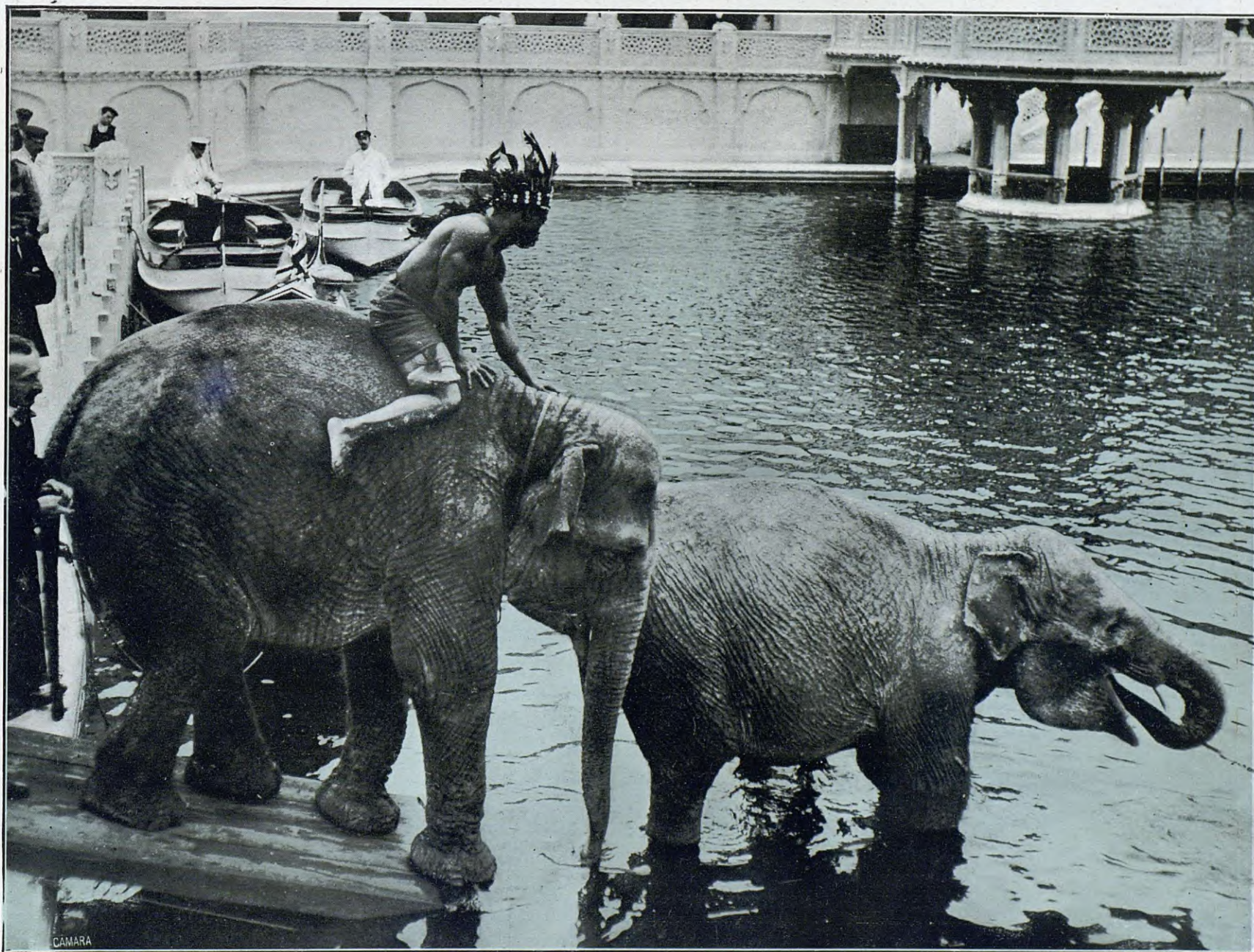
Aunque la guerra ha paralizado considerablemente la vida normal de las grandes capitales europeas, Londres ha resistido mejor que París el choque de la gran calamidad.

Sus bellos parques y sus lugares de esparcimiento continúan siendo favorecidos por su público habitual. Especialmente la «Ciudad Blanca» con sus mil atracciones exóticas, entre ellas sus gigantescos elefantes, atrae a diario buen contingente de curiosos. Las horas predilectas de la visita son las mañana-



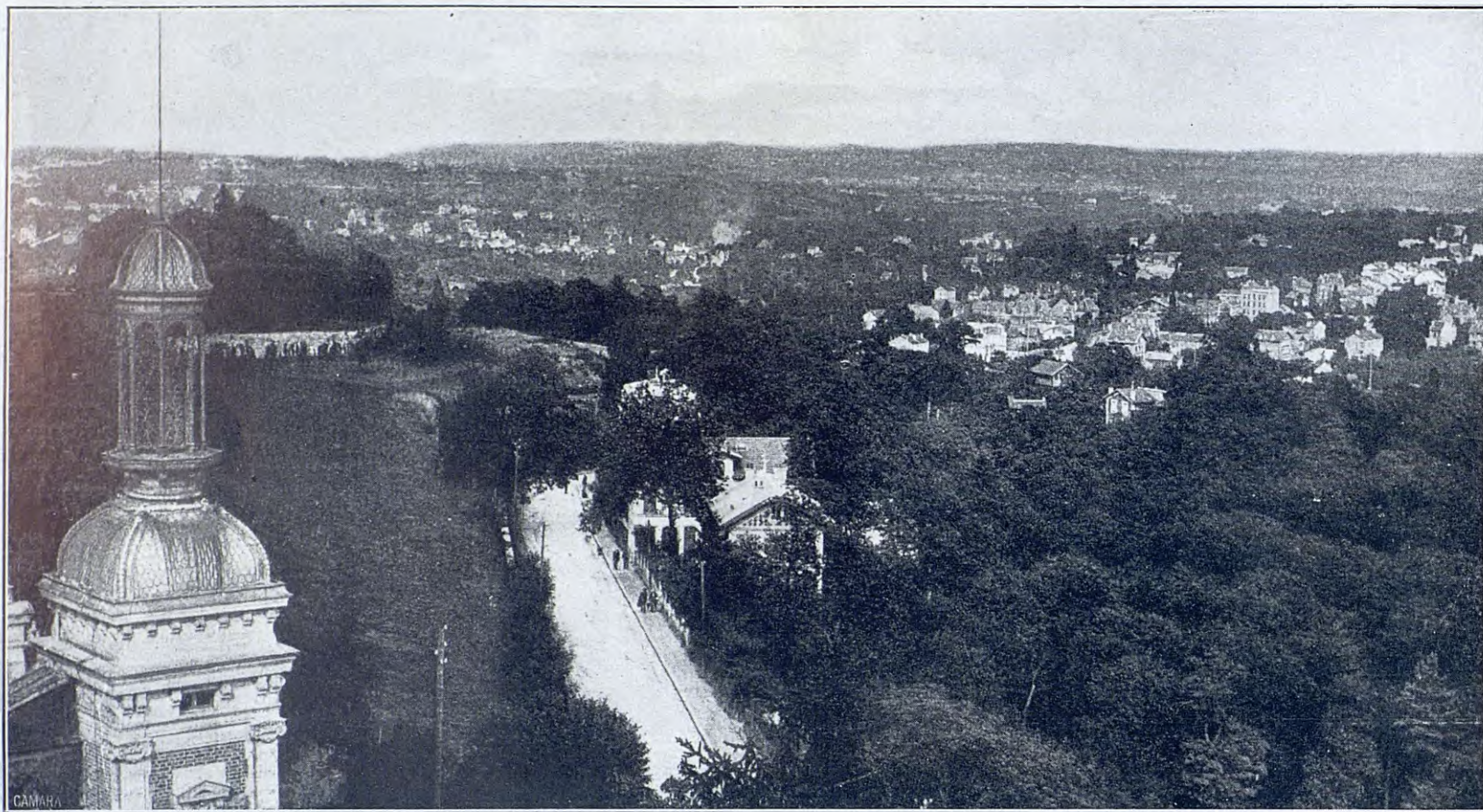
les, en las que los paquidermos, conducidos por sus sirvientes, se dirigen a los vastos estanques de *White City*, para tomar su cotidiano e imprescindible baño.

Nadie diría que el fiero animal cuya cacería en la India y en el África cuesta tantos centenares de víctimas al año, puede llegar a tan alto grado de domesticidad como el que muestran los colosos de la «Ciudad Blanca», que como los de otros parques de París y de Berlín se ofrecen, dóciles, a que la grey infantil juegue con ellos.



Los elefantes del parque La Ciudad Blanca, de Londres, durante el baño

DEL PARÍS PINTORESCO



Vista general del pintoresco caserío de Robinsón

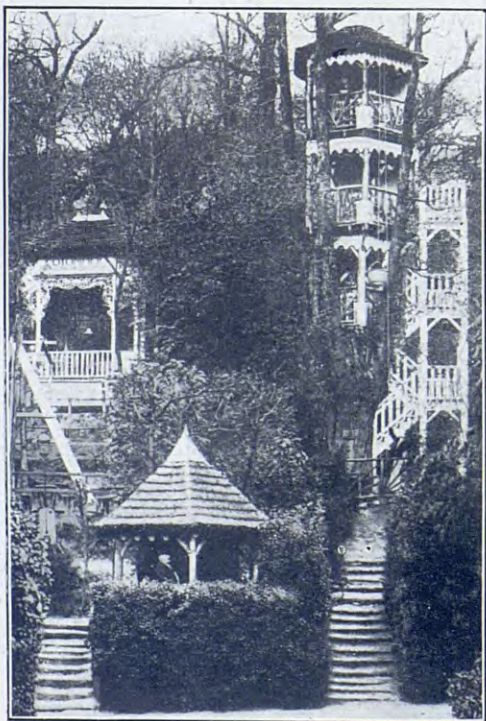
LOS ÁRBOLES DE ROBINSÓN

JUNTO á *Bullier*, famoso baile, alma del Barrio Latino, se abre un trecho de la estación subterránea de *Port-Royal*. Es domingo. Pasan los tranvías de vapor, enormes y chirriantes, llenos de gente; cruzan, ágiles, inverosímilmente ágiles, los taxímetros; de la cercana Avenida del Observatorio llegan risotadas de niños, de novios, algarabía de gorrones. En la terraza de la

Closerie des Lilas, bajo el amplio toldo, unos artistas melenudos, discuten. Entre ellos hay un español afeitado y cetrino, con sombrero cordobés; tal vez un ruso que habla poco, ó un portugués que, ajeno al palique, mira hacia el bulevar de Saint-Michel, esperando ver el *sprit* pizpireto del casquete azul de su *amiga*...

La tarde, dulcemente tibia, invita á pasear.

Grupos de familias, de amigos, de *demoiselles de magasin* se aglomeran á la entrada de la pequeña estación de *Port-Royal*, y bajan, gozosamente nerviosos, las escalerillas laterales. En aquella zanja, el eco de los tranvías que pasan, adquiere resonancias enormes. De los próximos túneles surge una bocanada de humedad. Un farolillo rojo arranca á la sombra del subterráneo



El gran árbol de Robinsón



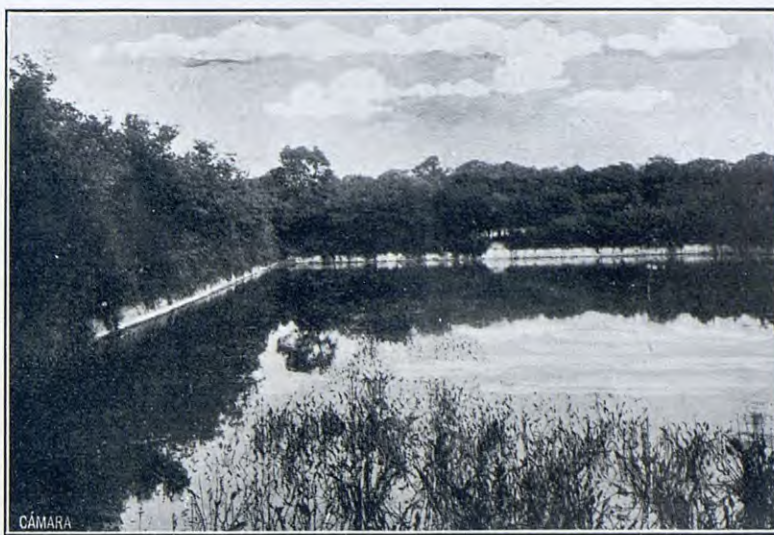
Un pintoresco grupo de excursionistas



El verdadero árbol de Robinsón



Entrada al verdadero árbol de Robinson



El gran estanque de Robinson

la promesa del tren próximo. Y el tren, con agrio chirrido de ruedas que van salvando una curva, aparece. Los grupos inquietos como meandros de una ola, abren presto las portezuelas, escrutan los compartimientos del vagón, sofocan risotadas, se llaman, volubles y desasosegados. — «¡Aquí hay cuatro asientos!» — «¡Venid acá, que no da el sol!» — «¡Vamos, no tardéis tanto!» — «¡Eh, en este, en este que hay caras bonitas!»...

El empleado cierra rápidamente las portezuelas, toca un pito. Silba la máquina, hundiéndose a poco en la sombra húmeda del túnel. Y dentro de los vagones, inquietos aún, van acomodándose los viajeros que, desde que salieron de casa, no dejaron de reír. ¿A dónde van? A los rientes pueblecillos de la *banlieue*, á esos rincones plácidos y cercanos adonde no es menester llevar maleta. Por 60, por 80 céntimos, la pareja de novios, la familia burguesa irá á Robinson, como otras, allá por el Louvre, se dirigen á Versailles, y otras, en el embarcadero de la Concorde, aguardan el barco que ha de dejarles en Saint-Cloud, en Bellevue ó en Suresnes...

Humildes, reconciliados fraternalmente con su vida de empleados ó de menestrales son los que todos los domingos, en cuanto llega el buen tiempo, acuden á Robinson.

Robinson es un caserío alegre, que trepa por una colina. Desde la estación, situada en la parte más baja, comienzan los merenderos que ya no dejarán de invitarlos con sus cenadores y sus jardinillos, hasta el pueblo propiamente dicho. París, enorme y sonoro, está ceñido por bosques, altozanos magníficos y grupos de ventorros y de chalets que son el encanto de indígenas y forasteros. Las márgenes del Sena, constantemente surcado por vaporcillos, son amables refugios de los que tal vez anticipe una visión satisfactoria el Manzanares cuando esté canalizado. Y como en París hay tanta gente recluída durante toda la semana en el bazar, en la oficina, en el taller, en la fábrica, esta gente concede al domingo su luminosa y algararera importancia, asaltando *terrasses*, calles, barcos, tranvías, paseos y pueblecillos, con tumulto, no diremos de horda, pero sí de conquistador.

Es un París mesocrático, que se desborda, que se asoma al balcón, que ríe y vive á *plein air*. El París que fabricó en el rincón penumbroso de su existencia una risa, y que sale con ella para flamearla como una banderola, para encenderla como un cohe, para brindarla como un beso. ¿Puerilidad, plebeyo frenesí? No; triunfo, desquite, miel que no conocen, lector, ni el *bulevardier* elegante ni el poeta desdeñoso de la vulgaridad. Disponer de un día para divertirse con la más saludable buena fe, es ser rico

cada ocho, concentrar en un domingo las fugitivas, incompletas y condicionales felicidades que el soñador, el paseante ó el rentista procura saborear en toda la semana.

¿Por qué se llama Robinson este alegre pueblecillo? ¿Por qué suelen celebrarse en él, como acontece en la madrileña Bombilla, los casorios de infinidad de gente modesta?

Lo ignoramos. Quizás el capricho de un romántico parisiense, hace muchos años, le impulsó á construir en tan amena colina, solitaria y agreste entonces, el primer ventorrillo donde la primera pareja de novios, huyendo del «mundanal ruido», gustara de verse en el aislamiento del célebre personaje de Daniel Foe.

Noticias de que el amigo Crusoe estuviese en París no se tienen. Y, sin embargo, en muchos merenderos se leen grandes carteles donde dice: «Si queréis ver el verdadero árbol de Robinson, torced á la izquierda...» «El gran árbol de Robinson está al fondo, á la derecha.» «El primer árbol de Robinson, el gran castaño de tres pisos, lo encontraréis junto al hotel***, al final de esta calle.» Y así sucesivamente, todos los árboles que en el centro de los merenderos se elevan, frondosos y venerables, son los del naufrago inglés.

Pero, *verdaderos* ó no, con su leyenda apócrifa ó sin ella, todos seducen. Figuraos que, entre sus gruesas ramas, hay instalados cenadores rústicos, que bien pueden calificarse de nidos. La idea obtuvo entre los novios el éxito apetecido. Vivir un rato entre el ramaje, á varios metros de altura, con la vecindad de los ruiseñores, es algo exquisito y por añadidura, módico. Ni siquiera el camarero importuna con su presencia y su *smoking* lleno de manchas, el idilio. La merienda sube en una cesta, pendiente de una cuerda, con el ruidito discreto de la polca que allá en el último cenador canta cual el grillo más torpe. Los novios, los recién casados char-

lan, respiran, sueñan... Abajo, el bombardino, el clarinete y el violín de «la murga» tocan valsos dulzones, valsos propicios. En la plataforma del merendero bailan otras parejas. Y por la calle, en sendos borriquillos, en minúsculos coches, nuevos excursionistas se dirigen á la parte más alta del pueblo, donde se vé, en el límite del jugoso valle, la grisea mancha de la capital, con su dominadora torre Eiffel.

Los días de trabajo, Robinson conserva su aspecto animado y jovial. Hemos dicho que á este pueblecillo vienen los recién casados y la inevitable compañía. Todos los invitados, cabalgando en los famosos borriquillos, dirígenle en caravana al merendero donde está el primer árbol, el árbol *grande* ó el *verdadero* árbol.

En el camino, entre bromas y carcajadas, los vendedores les ofrecen trompas de cartón, muñecos, fruslerías más ó menos ingeniosas.

El novio se ahoga en una levita de alquiler; la chistera no encaja, y se ladea picarescamente; poco habituado además á ir á caballo, siquiera sea en burro, su cuerpo se estremece con grotescos vaivenes... La novia le mira extasiada, y tan profundo es su amor, que le parece que la levita le sienta bien. Bajo el albo velo y la guirnalda de azahar, la desposada está bonitísima y el trocillo del buche le arranca gritos que el marido halla á su vez melodiosos. Detrás de la nupcial pareja, los invitados como héroes de Maupassant ó de Daudet, tocan la trompa, parlotean locuaces y se preocupan de pulir frases equívocas que hagan mucha gracia...

La zambra dura todo el día. Nuestros hombres comen abundantemente, tiran al blanco, se mecen en el columpio, cogen florecillas silvestres, se retratan en grupo, despeinan la chistera del novio, dan tirones á la plataforma posterior del borrico, se pierden bajo la verde enramada, y terminan por ponerse sentimentales á fuerza de vino *Beaufolais*, que es el Valdepeñas parisiense.

En tanto los recién casados, allá en lo alto de un árbol, sonríen mutuamente. Ella es *première* de un taller de sombreros, y él está empleado en un *comptoir*. Divagan líricos pero miran al porvenir, prácticos. El instinto del ahorro arraigado en sus almas de franceses, les determina á corroborar proyectos acariciados largamente. Casados ya, siguen de acuerdo en que la vida tiene alternativas duras y que cuando se envejece, conviene tener unos lises guardaditos. Así, pues, ella seguirá trabajando en el taller de sombreros y él no abandonará, naturalmente, la oficina. Luego, cuando tengan sucesión, ya verán. Huelga consignar que los novios, tan identificados en la semiobscuridad verde del cenador, acuerdan que tendrán un hijo, uno nada más...

E. RAMÍREZ ANGEL



Dos recién casados que van á pasar la luna de miel á Robinson

FOTS. F. G.

□ □ □ CUENTOS ESPAÑOLES □ □ □



AL PRIMER TAPÓN

MANOLÍN Rodríguez era un excelente muchacho, laborioso, callado, pulcro en el vestir y de una delicada corrección en sus maneras. Ayudaba eficazmente á su padre en el manejo de su librería, la más antigua y acreditada de la ciudad, y hasta se permitía de vez en cuando hojear los volúmenes que apilados dormían en las anaqueladas de su tienda, esperando que alguno de los pocos bibliófilos de Costarena llegase á sacarlos de tan injusto olvido.

Esto unido á su prodigiosa memoria, que le permitía recordar fielmente los nombres de los autores y los títulos de todas las obras que á su casa llegaban, dábale cierto aire de intelectual entre los jóvenes costarenenses, más aficionados al deporte rudo y violento que al cultivo recóndito y espiritual de la inteligencia.

Nada de particular tenía el que joven de tan buenas prendas como Manolín, constituyera el sueño dorado de muchas mamás deseosas de encontrar digna colocación para sus hijas en el exiguo mercado matrimonial de Costarena.

Así, pues, Manolín era un *partido*, y sabido es que cuando un hombre llega á merecer tal dictado en una ciudad de provincia, vese obligado á sufrir mil asechanzas y á padecer terribles persecuciones de parte de sus adoradoras.

Esto satisfaría á otro cualquiera que no fuese Manolín. No, Manolín Rodríguez no era feliz.

Había vislumbrado á través de los periódicos y revistas, que á su casa llegaban en gran número, la existencia de otras ciudades lejanas donde la vida ofrecía complejidades y encantos que él nunca había gustado aunque muy de veras los apetecía.

Cuando paseaba por la playa, en las mañanas estivales, con su blanco pantalón impecable, su americana azul, cortada por el mejor sastre de Costarena, y su ligera gorrita de clubman, sabía admirado por todas las muchachas de la ciudad y acaso también por alguna de las muchas forasteras que en tal época acudían á Costarena buscando el aire benéfico y consolador del Cantábrico. Sin embargo, sus labios no abandonaban nunca aquel fruncimiento hosco que ponía en su semblante un gesto de hastío, de cansancio tal vez.

Costarena le aburría. No era feliz, no podía serlo en aquella ciudad tan plácida y sosegada; Manolín necesitaba aventuras heroicas, galantes, aventuras en el sentido más infantil y absurdo del vocablo.

Por eso le complacía sobre manera acudir por las noches á *Novelty*, un café limpio y moderno, sin espejos y sin divanes rojos, situado en pleno boulevard de los Reyes Católicos. Nombre genial que se le ocurrió á cierto monterilla ecléctico que pretendió complacer de esta suerte á tradicionalistas y europeizantes.

Costarena que durante el invierno dormía callada y letárgica envuelta en el humo de sus fábricas, arrullada por el bronco resollar del Cantábrico, se animaba en el estío, engalándose como una novia blanca y romántica.

Inventaba el Ayuntamiento mil festejos á cual más disparatado, corríanse en la plaza hasta doce y media de toros, se abrían los dos teatros de la ciudad, y sobre sus escenarios levantaban las piernas ágiles y fuertes de las danzadoras una cegadora nube de polvo, acumulado allí durante todo el invierno.

Las artistas de más prestigio en el mundo coreográfico, aquellas que más aplausos habían alcanzado en Madrid, en París y en el mundo entero, desfilaban por Costarena, durante el verano, y por las noches, luego de terminar su trabajo, solían—sintiendo acaso la nostalgia del Colonial—acudir á *Novelty*, animando con sus risas bulliciosas aquel café moderno y provinciano, dándole una nota *chic* y mundana, que entusiasmaba al buenazo de Manolín.

Muchas noches se había pasado horas enteras admirando en silencio aquellas mujeres fantásticas con sus faldas valientemente rasgadas hasta la rodilla, sus sombreros ornados de penachos enormes y sus zapatos, aquellos zapatos maravillosos, que no usaba ninguna costarenense, con sus cintas serpenteantes, que trepaban pierna arriba, hasta perderse bajo la cortina

discreta de la falda. ¡Oh, qué encanto el de aquellas mujeres exóticas y perversas! — Manolín las imaginaba así.

Una noche decidióse á entablar conversación con la *Marujilla*, una mujercita blanca y frágil como una porcelana de China, que se encontraba sentada, en unión de una señora anciana y enlutada, en la mesa contigua á la que Manolín ocupaba.

Rodríguez gozó entonces uno de los instantes más felices de su vida. La *Marujilla* era suma-

la botella de champagne. Abrióla el mozo torpemente produciendo un estampido horrrisono que retumbó en todos los ámbitos del café obligando á las gentes que en él se encontraban á volver la vista hacia Manolín y la *Marujilla*, héroes de tan desusada como estrepitosa hazaña.

La bailarina bebió dos copas en sorbitos leves, golosos. Rodríguez creyó un deber el demostrar cómo estaba avezado á tales lides y cómo el champagne no le perturbaba lo más mínimo; así que se zampó otras dos copas seguidas, invitan-

rojo, después apretó nerviosamente las diez y seis pesetas en el bolsillo, y por último, figurándose que se le caían encima todos los libros de su tienda, volcó la botella exhausta sobre una copa y balbuceó ingenuamente:

—Ya ve usted, no hay más.

Describir minuciosamente el escándalo que allí se armó, sería empresa verdaderamente homérica. La *Sevillita* puesta en pie, gesticulaba como una endemoniada, insultando al pobre Rodríguez del modo más grosero; los transeúntes detenían-



=E. Varela de Seijas

mente habladora y tenía un acento andaluz tan gracioso, que Manolín, luego de palparse discretamente los bolsillos del chaleco, requirió al mozo para que les trajese una botella de champagne.

La bailarina y su madre abrieron los ojos desmesuradamente y sonrieron de un modo tan agradable y zalamero, que Manolín con una audacia digna de D. Juan dijo, mientras contaba en su bolsillo las diez y seis pesetas que en aquel momento constituían su tesoro de guerra:

—Ustedes no merecen otra cosa—y se ruborizó como un chicuelo.

Llegó el camarero portando majestuosamente un plateado cubito en cuya boca asomaba, negro, maléfico como un cañón invencible, el cuello de

do á la vieja enlutada para que tomase ejemplo.

Acertó á entrar entonces en el café la *Sevillita*, tonadillera tan famosa por su arte como por su descaro, y así que hubo olido el champagne, acercóse á la mesa de Rodríguez el libertino y con un cariño desusado entre compañeras, saludó y besó repetidas veces á la *Marujilla*, felicitándola efusivamente por sus triunfos. Luego, poniéndose cómicamente serio, se encaró con Manolín y habló de esta suerte:

—Si usted me lo permite, yo me siento aquí con mi amiga.

Manolín estaba rojo, congestionado:

—Sí, señora, no faltaba más.

—Bueno, pues venga champagne.

Rodríguez esta vez palideció, luego se puso

se ante las puertas del café; la *Marujilla* y su madre escabulléronse por arte mágica, y la Fama, esa deidad tan esquiva, esparció en breve tienpo con sus innumerables trompetas por todos los ámbitos de Costareña, aquella primera y desgraciada salida de Manolín Rodríguez, hombre galante y libertino.

ooo

Manolín Rodríguez está detrás del mostrador en aquella librería que fué de su padre. Jamás ha vuelto á leer la crónica mundana de los periódicos y siente una conmiseración horrible cada vez que un muchachuelo entra en su tienda pidiéndole un libro de aventuras.

ARMANDO DE LAS ALAS PUMARIÑO

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



Una escuadrilla de torpederos austriacos

FRANCIA no quería la revancha, deseaba la paz. Soñó muchos años con el desquite, y cuando más alejada se creía de nuevas luchas, el gesto marcial de Prusia la empuja al combate.

Con un patriotismo silencioso, sumiso, abnegado, han acudido los franceses a llenar los cuadros del Ejército. Ya lo dijo Anatole France: «Déjanse arrastrar los hombres por la influencia más poderosa. Entre los soldados, como entre todas las muchedumbres, la influencia más poderosa es el miedo. Avanzan hacia el enemigo porque de todo lo que temen es lo que menos les hace temer. Colocar las tropas de modo que no puedan huir es todo el arte de las batallas.»

No hace mucho honor, el genial escritor, a sus compatriotas.

Agrega, refiriéndose a la fuerza de la sugestión: «Basta darle a un hombre un fusil con bayoneta calada, para que la hunda en el vientre del primero que pase, y se transforme en un héroe.»

Predijo el maestro de la novela que la política megalomana de los grandes ejércitos, era una inmensa y ruinosa locura que acabaría en el ridículo.

Pronto hemos de ver si la profecía llega a realidad. Es más fácil, dijo también, conducir un ejército que gobernar una nación. Los pueblos armados se dejan conducir dócilmente.

La guerra europea, afirmó el literato francés, la retardan los grandes ejércitos, pero este retraso la hará más horrible y de éxito más dudoso para cada uno de los adversarios.

El peligro balcánico empujó al desastre y la bancarrota empobrecerá a las naciones combatientes.

Deseaba Alemania esta cruenta lucha en que se ha de probar en los mares si el *dreadnought* vence al torpedero; en los aires si puede más el dirigible que el aereo-

plano, y en la tierra la pujanza avasalladora de los nuevos métodos tácticos y de las modernas máquinas de guerra.

Austria, mosaico de nacionalidades, inició la sangrienta pelea que ha de desfigurar, a la postre, la geografía europea y ha de sedimentar hondos hecatombes en los pueblos beligerantes.

En la guerra por mar lleva la Gran Bretaña la indiscutible supremacía de sus grandiosas escuadras, que suman un tonelaje de un millón 176.000; Alemania, precursora y guerrera, llega a la lucha con 825.000 toneladas en sus buques de combate; Francia tiene 576.000, Rusia 295.000 y Austria 211.000.

El número de acorazados de las potencias es: 20 Francia, 28 Alemania, 15 Rusia, 7 Austria y 60 Inglaterra.

Cruceros acorazados: 20 Francia, 10 Alemania, 7 Rusia, 5 Austria y 58 Inglaterra.

Cruceros no acorazados: 25 Francia, 37 Alemania, 9 Rusia, 5 Austria y 71 Inglaterra.

Contratorpederos: 59 Francia, 75 Alemania, 79 Rusia, 7 Austria y 149 Inglaterra.

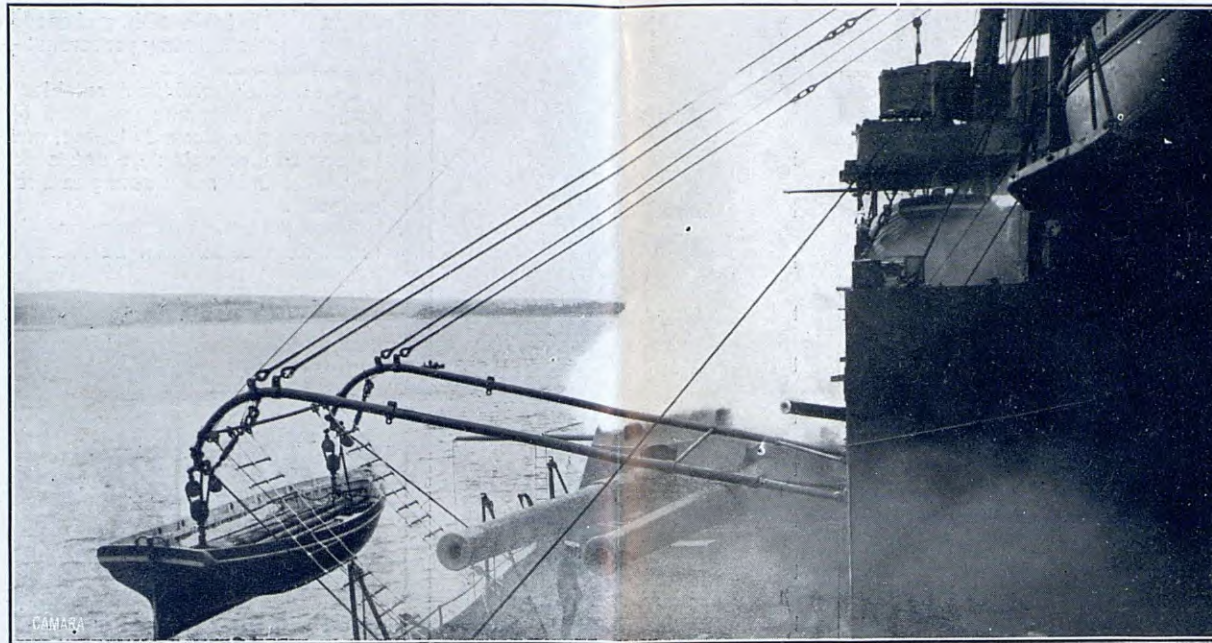
Torpederos: 213 Francia, 17 Alemania, 68 Rusia, 21 Austria y 85 Inglaterra.

Submarinos: 51 Francia, 2 Alemania, 24 Rusia, ninguno Austria y 60 Inglaterra.

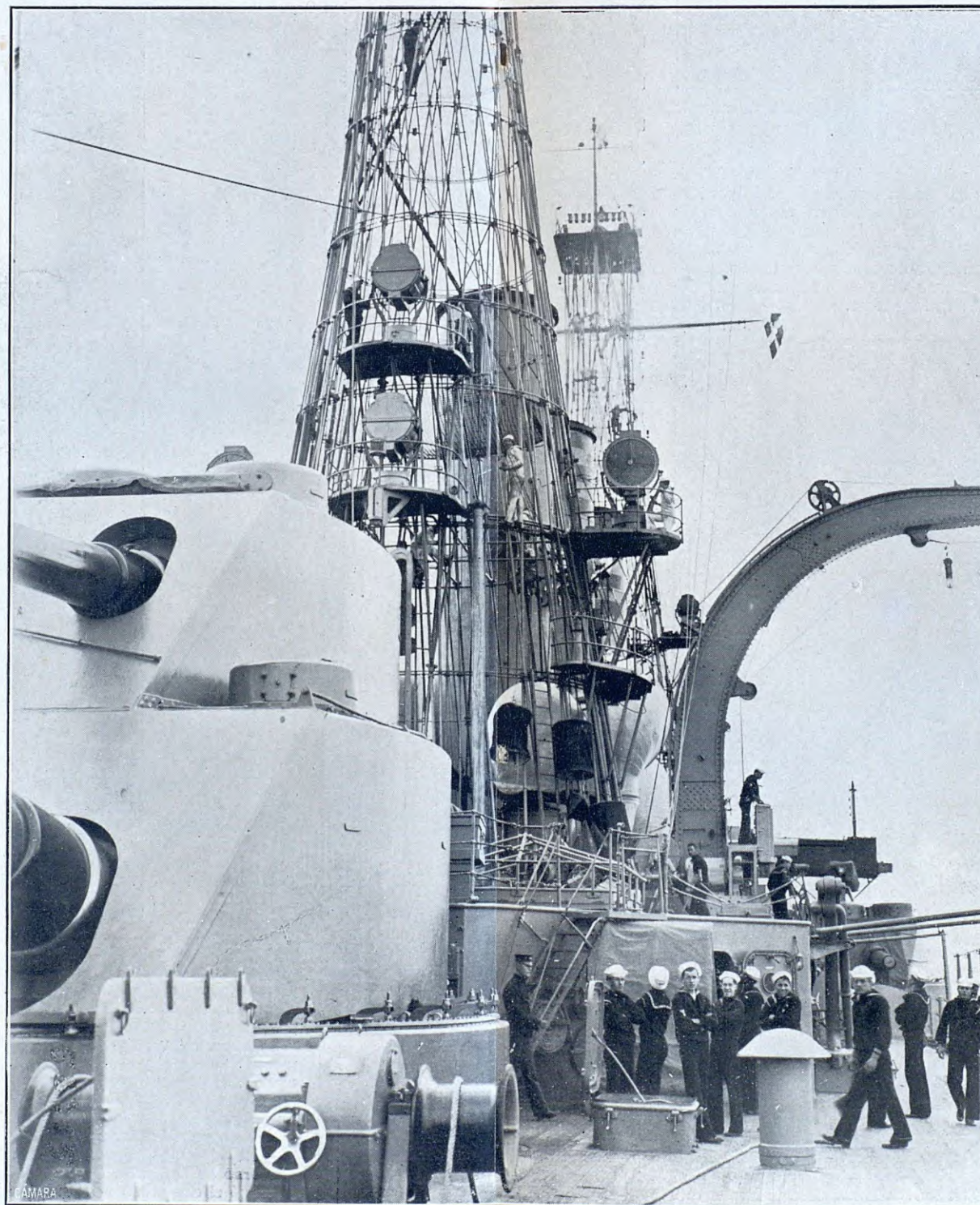
Se observa una superioridad grande y aisladamente, entre los torpederos y submarinos franceses y rusos y los alemanes.

Sir Percy Scott, estudioso almirante inglés, ha formulado en reciente carta, que la prensa británica hizo pública, un programa naval que puede sintetizarse esquemáticamente en: acorazados, no; submarinos, sí.

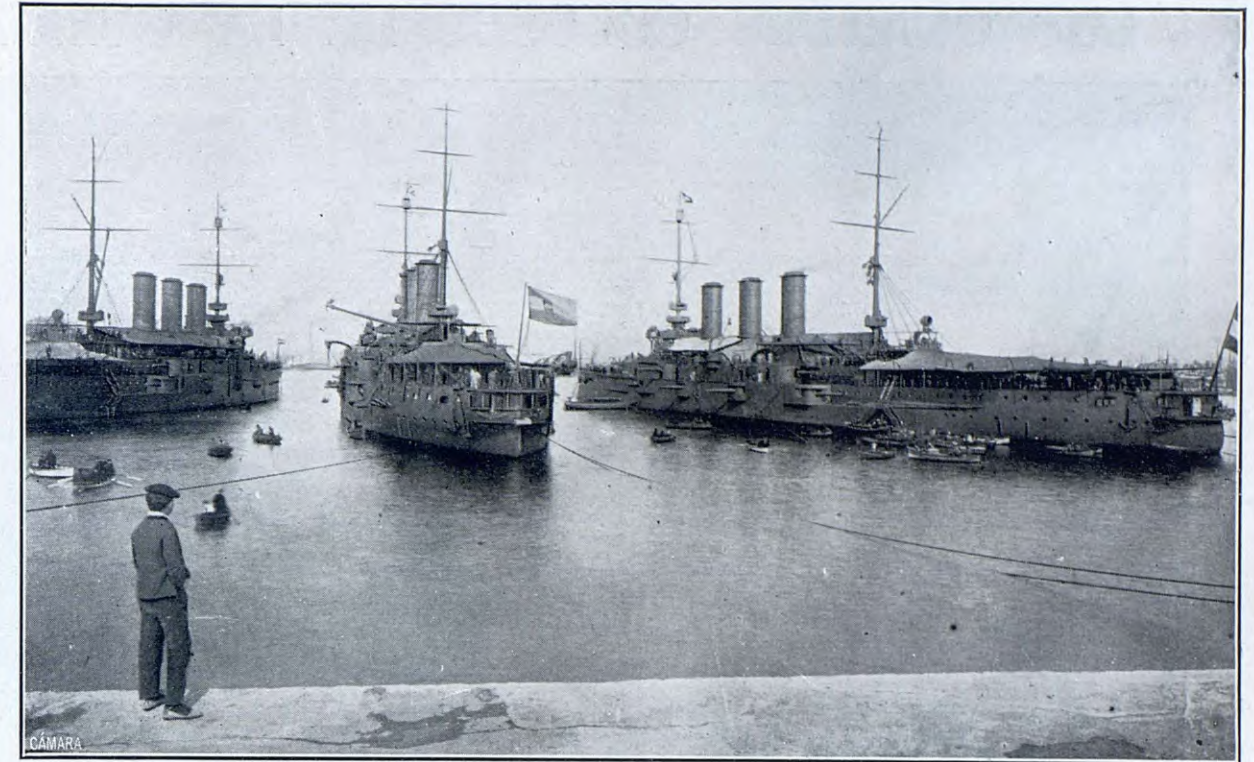
El coste de cada *dreadnought* es aproximadamente de 70 millones de pesetas y el de un submarino no excede de tres millones. La elección no es dudosa.



La batería de proa de un "dreadnought" inglés haciendo fuego



Detalle de la cubierta de un acorazado inglés



Los acorazados ingleses "Queen" y "Prince of Wales"

Esta lucha iniciada nos dirá, si como afirma Sir Percy Scott, escuadrillas de submarinos defenderán las costas e impedirán a los acorazados que ejerciten su acción ofensiva de bombardear puertos y destruir flotas.

Es más, los submarinos entrarán sigilosamente en los puertos e interrumpirán con su atrevida irrupción la tranquilidad de los acorazados, resguardados en las radas.

El submarino y el aeroplano han revolucionado la guerra naval; ninguna flota puede sustraerse a la vista del segundo y el primero puede atacarle y herirle mortalmente en pleno día.

Aumentan los programas navales de las grandes escuadras europeas que eran actualmente:

Francia: Una flota de combate: 28 acorazados de escuadra, 10 avisos y 52 torpederos de alta mar.

2.º Flota de divisiones alejadas: 10 avisos y cañoneros.

3.º Flotillas de defensas submarinas: 94 submarinos.

Alemania: La flota de alta mar: Un acorazado almirante, 5 escuadras de 8 acorazados cada una, 12 cruceros acorazados y 50 cruceros protegidos.

La flota de las colonias: 8 cruceros acorazados y 10 cruceros protegidos.

Las unidades de reemplazamiento: 4 acorazados, 4 cruceros acorazados y 4 cruceros protegidos.

La flotilla de torpederos: 12 flotillas de 12 grandes torpederos de 500 a 600 toneladas.

Un total de 45 acorazados, 24 cruceros acorazados, 144 torpederos y 72 submarinos.

Rusia tenía proyectado construir en cinco años: 4 acorazados de 28.000 toneladas armados de piezas de 15 y 14 pulgadas, 9 cruceros, 36 contratorpederos y numerosos submarinos.

Para el Mar Negro iba a aumentarse lo menos la flota con 4 acorazados de 22.500 toneladas, 7 contratorpederos de 1.050, tipo Novick y 6 submarinos de 600 a 700 toneladas.

Italia debe construir antes de 1915: 8 acorazados de 22.500 toneladas, 5 avisos, 14 contratorpederos y 18 submarinos.

Austria tiene votado en las cámaras un crédito de 528 millones para 4 acorazados de 20.000 toneladas, 5 avisos, 6 contratorpederos de 800 toneladas, 12 torpederos de altura y 6 submarinos.

El almirantazgo inglés carece de ley de construcciones. Regula sus esfuerzos por los de otras potencias, especialmente Alemania.

La escuadra inglesa quiere siempre tener tantos acorazados tipo *dreadnought* como las dos naciones más fuertes reunidas, y aun excederlas en un diez por ciento.

En los arsenales ingleses hay actualmente en construcción: 6 acorazados, 2 cruceros acorazados, 4 cruceros, 2 avisos, 20 destroyers y 6 submarinos.

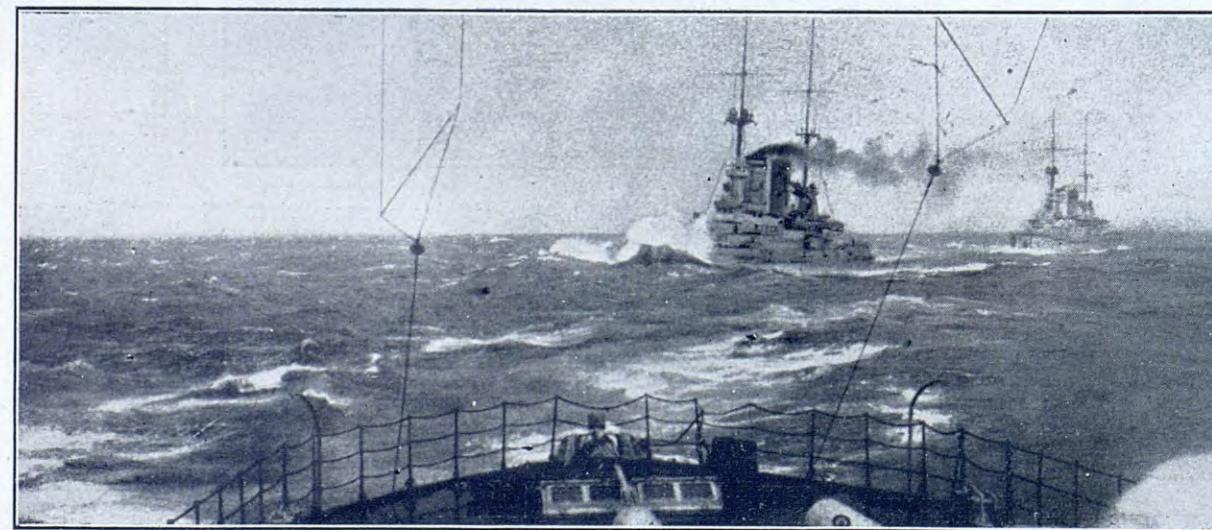
Las cifras de coste de estas escuadras fabulosas son aterradoras.

Para la guerra por los aires, guerra nueva, de heroísmos, de abnegaciones, Francia cuenta con 10 dirigibles y 550 aeroplanos; Alemania con 21 y 450; Austria con 8 y 150; Italia lo mismo; Rusia con 12 y 240; Inglaterra con 7 y 200, respectivamente.

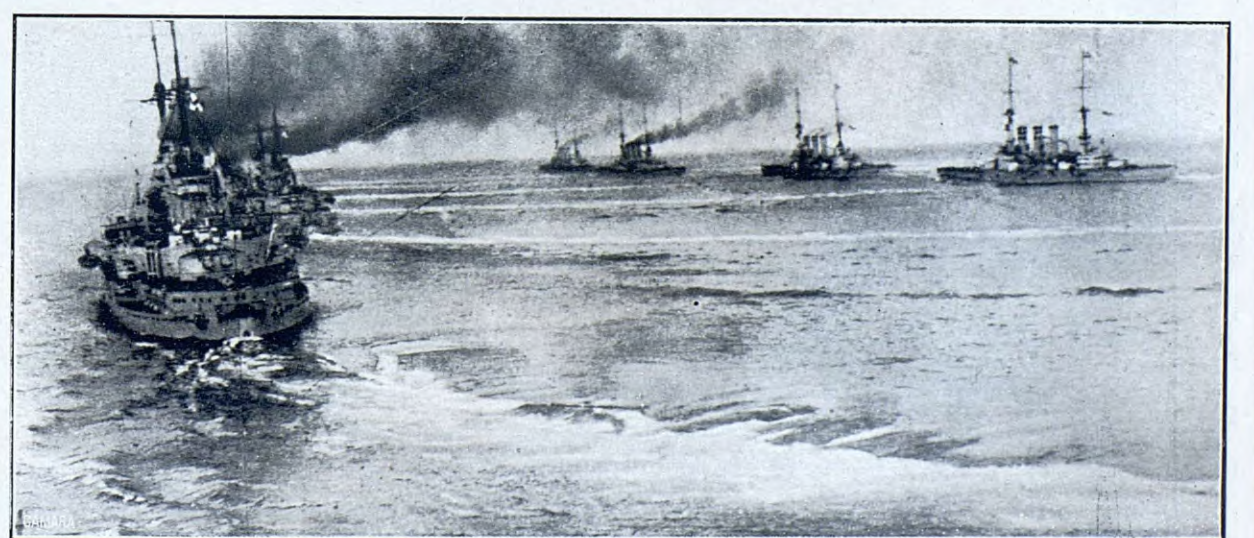
Lucha de titanes, guerra de gigantes, combates de mecanismos que ha de dejar un sedimento de enseñanzas, un raudal de amarguras y una estela de tristísimos recuerdos.

¡Haga el cielo que, dado lo cruento de la lucha, sus resultados no sean todo lo luctuosos que es de temer!

AURELIO MATILLA

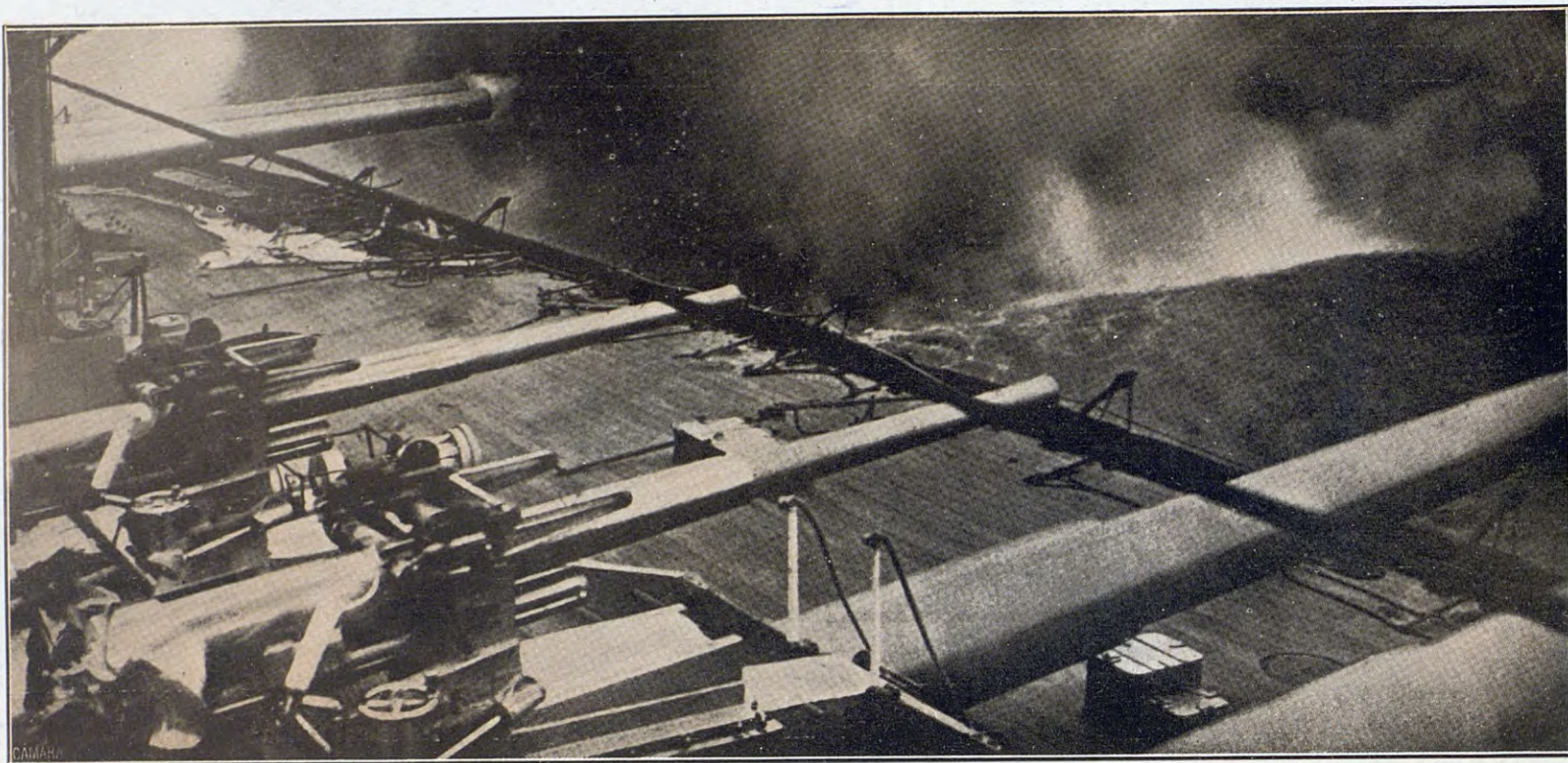


Acorazados alemanes navegando en busca de la escuadra inglesa



Una sección de la escuadra alemana navegando por el mar del Norte

LOS GRANDES COLOSOS DE LA GUERRA MARÍTIMA



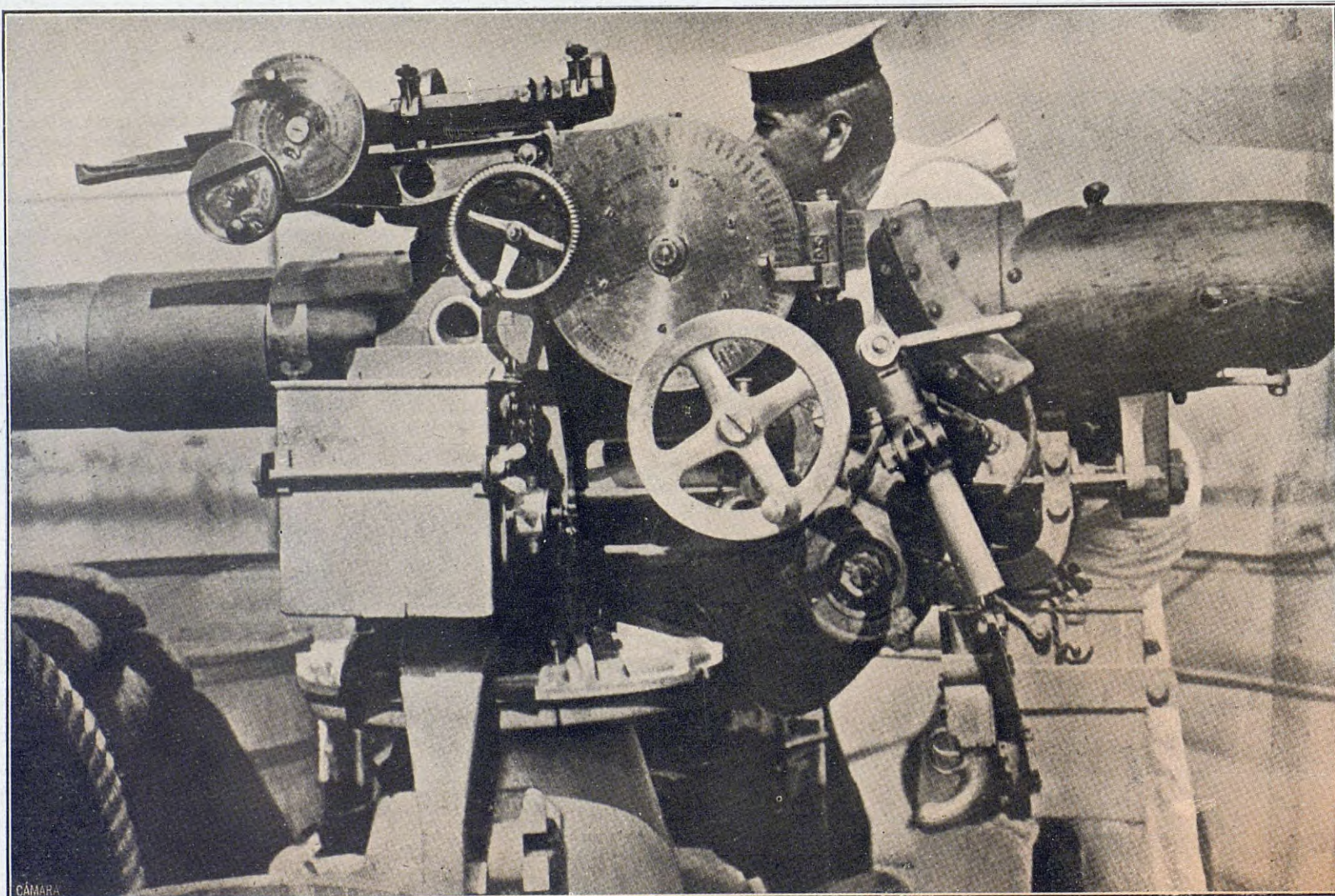
Una batería de acorazado "dreadnought", dispuesta á hacer fuego

La flota inglesa del Atlántico que en estos momentos busca á la alemana en aguas del Mar del Norte, entre otros varios tipos de barcos de combate, cuenta con 24 *dreadnoughts* y 78 *destroyers*. Nada puede dar mejor idea del formidable poder ofensivo de esos acorazados gigantes que una de las presentes fotografías, en la que figura una batería de *dreadnought*

dispuesta á hacer fuego contra el enemigo. Pero por grande que sea esa fuerza destructora del gran acorazado moderno, las opiniones de los técnicos se inclinan cada vez más á sustituir las enormes y costosísimas máquinas de guerra, por el barco ligero de línea, como el torpedero y el submarino, ante cuyo ataque rápido y pérfidamente dirigido, el coloso marítimo es indu-

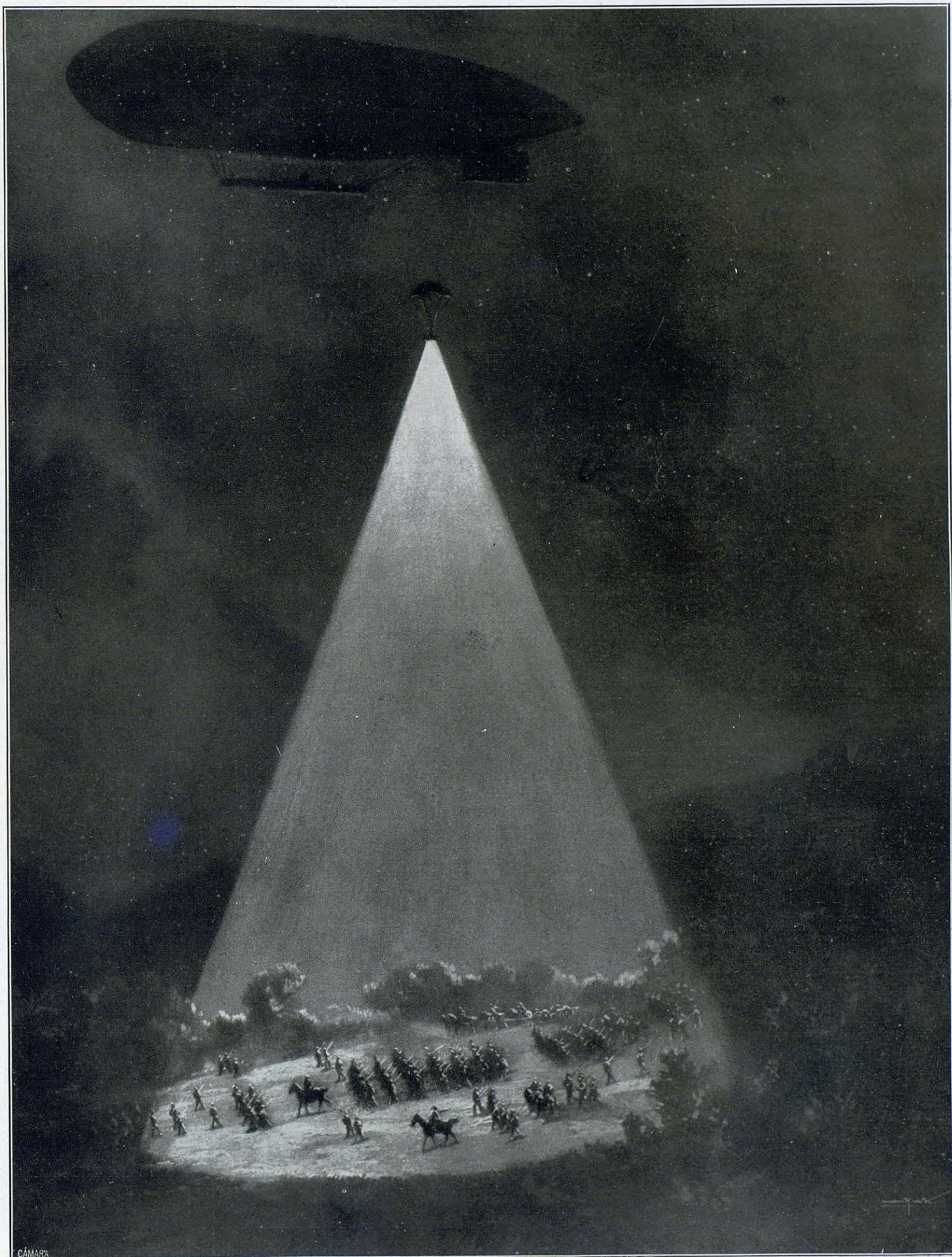
dablemente tan débil como la navecilla más frágil.

Otra de las fotografías que ilustran la presente página ofrece una curiosa vista del aparato graduador de puntería y de manejo del arma, á bordo de un *destroyer* inglés de último modelo, servido por un cabo de cañón. Ella ilustrará suficientemente acerca de la participación que tiene la mecánica en la guerra.



Artillero de un "destroyer" inglés calculando la puntería

LA CIENCIA EN LA GUERRA MODERNA



Para que los dirigibles puedan operar en la guerra sin ser vistos por el enemigo se ha ideado en Inglaterra un procedimiento ingenioso. Consiste éste en lanzar paracaídas provistos de potentes reflectores, con los cuales se descubren los movimientos del ejército contrincante, á la vez que se le presenta para que pueda disparar sobre él la artillería del aeróstato

EL ENTUSIASMO DE ALEMANIA POR LA GUERRA



El Emperador de Alemania, Guillermo II, dirigiéndose a la estación de Berlín, para despedir a las primeras fuerzas expedicionarias

El pueblo alemán, en cuya memoria han reverdecido todos los rencores de aquella sangrienta contienda de 1870, que dió por resultado el vencimiento de Francia y la pérdida por parte de ésta de sus dos ricas provincias de Alsacia y Lorena, recibió la notificación oficial de la declaración de guerra a su adversaria, con extraordinario júbilo. Apenas conocida la noticia, esta noticia infausta, que, como llave maldita y siniestra, abría una horrenda perspectiva de ciudades en llamas, de campos asolados, de montones de cadáveres, extendiéndose desde las fronteras germánicas hasta los fuertes exteriores de París, el



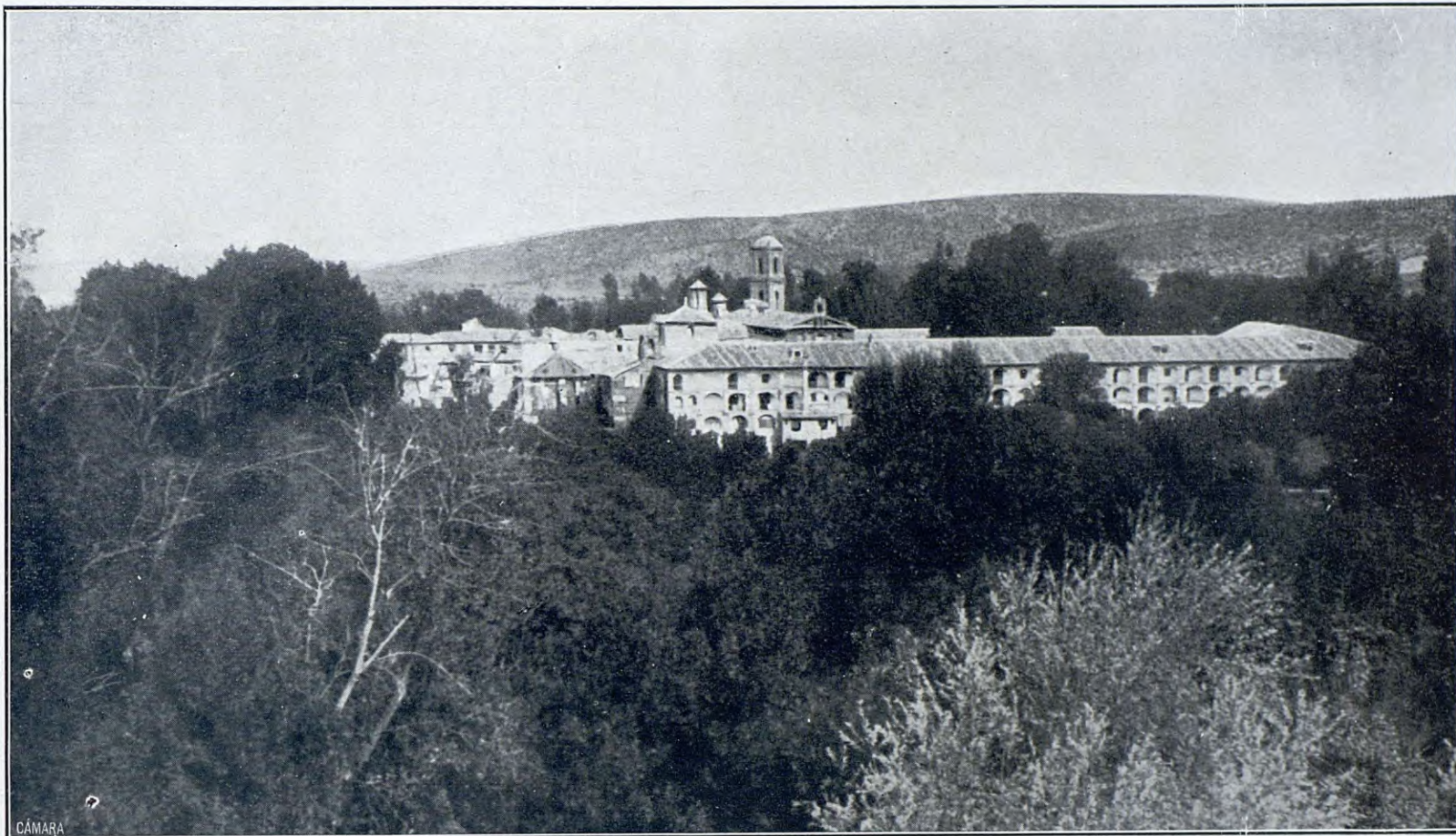
El pueblo de Berlín, en la plaza de Francisco José, demostrando su entusiasmo por la guerra
FOT. PARRONDO

pueblo teutón se congregó en nutridas manifestaciones, vitoreando con frenesí al Kaiser, bajo las mismas ventanas del Palacio Imperial, y prorrumpiendo en vociferaciones homicidas contra el pueblo francés. De estos primeros momentos de locura guerrera que invadió en súbito acceso a las masas populares berlinesas, damos una interesante impresión gráfica.

También publicamos la no menos interesante nota, recogida por la cámara fotográfica, en Berlín, el mismo día de la declaración de guerra a Rusia. En ella aparece el Kaiser, dirigiéndose a la estación para despedir a las tropas.

LA NATURALEZA Y EL ARTE

EL VALLE DE PIEDRA



Vista general del Monasterio de Piedra

En regiones privilegiadas como Andalucía, Galicia, Asturias, el viajero encuentra á cada paso motivo más que sobrado para su admiración, por los innumerables paisajes pintorescos que van pasando ante su mirada, á medida que realiza excursiones por aquellas comarcas. En ellas, la Naturaleza muestra con tal profusión sus encantos, con tanta facilidad se

pasa de un hermoso panorama á otro mejor, que acaban por acostumbrarse las pupilas á la magnificencia del conjunto, y á veces se llega hasta un grado tan elevado de saturación en emociones idealistas, que algunas de las bellezas del suelo escapan á la pristina percepción, ó bien puede ocurrir, si son observadas después, que no se las conceda el verdadero mérito artístico

que en sí tienen, por razón de la abundancia con que se prodigan.

Todo lo contrario sucede en tierras como las de Aragón, donde por estar esparcidas las riquezas naturales, separadas las más de ellas por campos yermos ó de escasa vegetación, allí donde aparece uno de esos sitios deliciosos, enséchase el alma, y ávidos los sentidos de recoger



El torrente de los Mirlos en el valle de Piedra



Lago del Espejo, Peña del Diablo y Torre del Homenaje

FOTS. ASEÑO



La cascada "Iris" en el valle de Piedra

FOT. ASENJO

bellas impresiones, así como de indemnizarse de las sensaciones de aridez y monotonía experimentadas en el camino recorrido para llegar á tales sitios, hácese cargo la retina de cuantos detalles esmaltan las formas materiales, y los que merecen estéticamente los honores de la contemplación, son apreciados en su justo valor y examinados con el debido interés.

Así acontece con el prodigioso valle de Piedra, en el lugar en que está enclavado el Monasterio de su nombre, allí donde el hasta entonces tranquilo río, despeñándose por profundas quebraduras, se rompe en múltiples y magníficas cascadas que, juntamente con la espléndida frondosidad nacida de su caudal, hacen de aquella cortadura un oasis, que ofrece al espíritu fatigado del viandante, un cuadro tanto más grandioso por lo inesperado, si se considera el contraste que presenta con los estériles terrenos colindantes, la abrupta vaguada poblada de añosos álamos, olmos, almeses y chopos, cuyos sanos perfumes se entremezclan con los efluvios benéficos de los torrentes.

Pero además de proporcionar este valle á los que lo visitan, influjo bienhechor de recreo y deleite, merece ser conocido en el concepto del Arte y también en el práctico de la Ciencia, como recientemente ha tenido ocasión de observarlo el articulista, en el viaje de instrucción que los alumnos de la Escuela Superior de Guerra, dirigidos

por sus profesores, han realizado para estudiarlo en su aspecto geológico.

Partiendo de Alhama, el agradable balneario que posee establecimientos tan suntuosos y confortables como las Termas Mateu, se alcanza Piedra después de recorrer 17 kilómetros por buena carretera. Divisase á distancia entre el tono general de verdor, la silueta del antiguo Monasterio que cuenta siete siglos de existencia.

Fué, en efecto, fundado por monjes del convento de Poblet, los cuales, en número de trece,

habiéndoles encomendado el Rey de Aragón don Alfonso II, el Casto, en el año 1194, instaurar una nueva comunidad, luego que visitaron varios lugares sin resultado práctico para su objeto, acordaron instalarse en aquella exuberante cuenca, y acto seguido echaron los cimientos del Monasterio. La edificación de éste se efectuó á expensas del rey Casto, primeramente, gracias á la generosidad de su hijo y sucesor don Pedro II, el Católico, que dió gran impulso á las obras, y merced también al desprendimiento de su nieto D. Jaime I, el Conquistador, quien logró verle terminado en el año 1218, trasladándose á él los monjes desde el Castillo de Piedra Vieja, donde en un principio se habían alojado.

El primer abad de la Congregación, fué uno de los trece cenobitas fundadores, D. Gaufrido de Rocaberti, de la familia de los vizcondes del mismo apellido, y tanto él como los siguientes D. Arnaldo y D. Ximeno Martínez—en cuya época se acabó las construcción,—coadyuvaban poderosamente á consolidar y agrandar su señorío, por las protecciones y privilegios que recabaron de los monarcas y pontífices.

De las fabricaciones primitivas del Monasterio, harto deterioradas por el tiempo, sólo quedan hoy la torre de entrada llamada del Homenaje, la parte inferior de la portería, los claustros bajos, la sala capitular, la cocina, el refectorio y la iglesia, la cual amenazando ruina á mediados del siglo XVIII,



Un Cisne en el lago

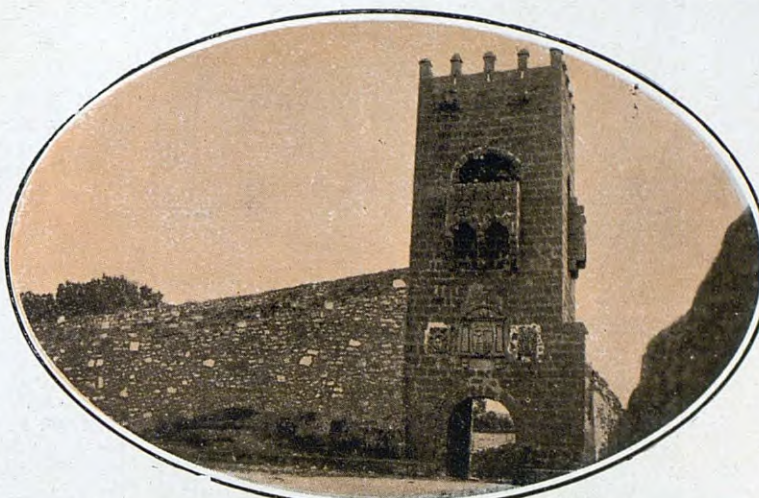
FOT. MARÍN

la restauraron manos inexpertas que le hicieron perder gran parte de su importancia arqueológica. A uno y otro lado de la puerta de la iglesia—fachada de estilo bizantino-gótico que tiene dos arcos dentellados en bastante buena conservación,—se ven dos figuras de yeso muy estropeadas, que dicen los eruditos que representan á D. Alfonso II y á D. Jaime I, con cuyas efigies quisieron rendir los frailes un recuerdo de gratitud, al que empezó y al que terminó el Monasterio.

Cuando se decretó la supresión de los conventos, sufrió grave daño esta casa, pues innobles explotadores hicieron desaparecer los cuadros y objetos valiosos y hasta los documentos del archivo.

Hoy se hallan arreglados los aposentos para el descanso de los visitantes, que son muchos los que acuden á disfrutar de la hermosura de aquel sitio y á gozar en aquellas soledades, lejos del tráfico de las capitales modernas, de las variadas y esplendorosas manifestaciones de arte, unas naturales y otras que la mano del hombre ha modificado para darles accesibilidad, ó para sacar de ellas rendimiento para sus fines. Entre estas últimas, son notables las obras ejecutadas para la Piscifactoria en la que saliendo de la caseta de incubación, van pasando los pececillos desde el estado embrionario á los vivares de estabulación, y luego por sucesivos estanques, en los que, por ingeniosos artificios, se consigue que todos los se-

res de cada uno sean del mismo tamaño, ya que si no fuese así, obedeciendo á la ley inexorable sintetizada en el lema «*struggle for life*»—lucha por la vida,—el pez más pequeño sucumbiría.



La Torre del Homenaje

Muchas cascadas y grutas abril antan y embellecen aquellos lugares, y sería prolijo enumerarlas todas haciendo resaltar sus singulares perfecciones. Citaremos solamente las cascadas del Vado, de la Requiada, la Caprichosa, la Iris, las de los Fresnos y sobre todo la maravillosa

de la Cola del Caballo, en la que el raudal del cristalino líquido se precipita con estruendo en el abismo, desde 45 metros de altura, semejando un colosal lienzo plateado que cierra la entrada de la Gran Gruta, enorme cavidad abierta en el corazón de la montaña, por cuyas cretáceas paredes tapizadas de polícromos musgos, descienden lentas y eternamente las gotas, para formar en la profundidad de la caverna suave remanso.

Las raras y caprichosas concreciones estalactíticas que adornan la inmensa cueva y principalmente la visión de la catarata desde el interior cuando los rayos del sol poniente se descomponen en preciosas irisaciones, constituye un espectáculo cuya descripción real es superior á las fuerzas humanas.

Insignes poetas como Hartzenbusch, Núñez de Arce y Campoamor, han cantado con su inspirado estro, las bellezas de este valle asombroso, arrancándoles acentos tan impregnados de idealismo como éstos del eximio vate de las Doloras y Pequeños Poemas:

Pues siendo un fiel traslado,
de un sueño de Virgilio mejorado,
¿hay mortal que lo vea
que, como yo, encantado,
no admire, piense en Dios, se postre y crea!

FRANCISCO ANAYA RUIZ



La Cola del Caballo, en la gruta del Monasterio de Piedra

FOTS. ASENJO

DE NORTE A SUR

El monumento á Scott

Leyendo estos días la novela *El Túnel* que tan rápidamente ha consagrado á su autor Kellerman, comprendí hasta qué punto las verdaderas epopeyas de nuestra época han de ser, como esta novela, compuestas de cantos al trabajo y á la ciencia.

El siglo xx no debe ser el de los grandes guerreros, sino el de los grandes inventores, el de los grandes artistas, el de los grandes poetas.

Un bello sueño del porvenir es el de imaginar que á lo largo del tiempo la humanidad futura encontrase sólo estatuas de hombres que trabajaron por alargar, ennoblecer y libertar la vida.

Como la del capitán Scott que habrá de inaugurarse muy pronto y cuya inauguración tal vez pase inadvertida por los relatos de la guerra europea.

He aquí un verdadero héroe, este capitán Scott que se propuso llegar al Polo Sur, y que encontró la muerte en Enero de 1912.

Desde hace veinte años el misterio del Polo Sur ha inquietado las audacias científicas. Antes sólo había audacias aisladas como la de Sir James Ross en 1841. Los nombres de Nordenskjöld y de Charcot precedieron á este inglés que por tres veces intentara llegar adonde no llegó nadie: en 1902, en 1908, en 1910.

Todos los periódicos del mundo reprodujeron su retrato, el de la viuda y los huérfanos, y el del capitán Oates que no quiso esperar la muerte como Scott y la buscó con su revólver.

Hoy está casi olvidado. Su estatua no parece tampoco muy representativa. Los nombres de sus compañeros de sacrificio grabados en el pedestal tampoco se recuerdan. La humanidad olvida antes á los hombres que la amaron que á los que la hicieron sufrir.

Tiene un instinto de mala hembra y veréis que á lo largo de su historia, como en la de ciertas mujeres, hay más amantes fanfarrones, pedantes y buenos mozos, aunque sean brutos, que los otros humildes y tímidos encanecidos sobre los libros y en los laboratorios, ó mueren jóvenes á la manera de Scott, de hambre y de frío en una apartada región que quisieron conquistar para su patria, como un presente de enamorado.

Los dos viejos

La vida tiene ironías demasiado terribles. Y deber de los espectadores activos de estas ironías es hacerlas resaltar. Ahora, mientras se reproducen las bélicas agitaciones internacionales, resulta interesante reproducir el *Palacio de la Paz* en La Haya, construido por un francés, un compatriota del Villain que asesinó á Jaurés, y costado por un millonario yanqui: Andrés Carnegie.

Aun suponiendo lo imposible: que la guerra cesara apenas comenzada, imaginad qué aspecto tendrían reunidos ahora los delegados de todas las naciones. Aún agitaría su pecho el alentar de las carreras homicidas; sobre los mármoles nuevos dejarían sus manos huellas rojas; las voces serían roncadas aún, y aún en los ojos chispearía el odio.

Pero no son las figuras de los imposibles delegados, las que evoca ese Palacio, sino las de dos ancianos cuyos últimos años son bien distintos: el millonario yanqui y el emperador Francisco José, origen de la guerra actual.

Vidas tan distintas, de una diferencia tan abismal, que nunca parecían pudieran encontrarse. Y, sin embargo, se han encontrado para más gloria única de una de ellas.

Andrés Carnegie, hijo de un humilde tejedor de Dunferline, que á los catorce años era ordenanza del Centro telegráfico de Pittsburgh y que veintidós años después era propietario de 18 grandes diarios ingleses, representa en la historia de la humanidad uno de los aspectos más admirables: el de



Monumento al capitán Scott, que murió gloriosamente en el Polo Sur

la bondad. Ningún multimillonario de ninguna época ha hecho donativos tan espléndidos. Ha fundado bibliotecas, museos, universidades, asilos, hospitales. Más de 200 millones de dólares ha empleado en esta labor de sembrador de bien y de belleza. Millones de hombres bendicen su nombre y gracias á él los Congresos de la Paz fueron algo más que una irrealizable utopía.

Comparad ahora la vida de este yanqui con la del otro anciano que impera en Austria desde su más temprana juventud.

Como de esas debilidades inconfesables que, no por haber abortado en nuestro espíritu, dejan de ser menos debilidades, me arrepiento de haber pensado escribir un comentario sentimental al dolor del viejo Emperador cuando la tragedia de Sarajevo.

Si hubiera escrito este comentario hoy no podría escribir este otro de los dos viejos puestos frente á frente, del que uno de ellos es el bienhechor de la humanidad y el otro...

El otro, hará derramar muchas lágrimas...



El palacio de la Paz en La Haya, construido á expensas del millonario yanqui Andrés Carnegie

La guerra y los caricaturistas

La guerra es una gran sugeridora del arte. Esto que á primera vista parece una paradoja no lo es. Rápidamente, sin acudir á consultas detenidas, podemos recordar las estampas de Dürer, los cuadros de Wiertz, de Boecklin, de Franck Stuck, las esculturas de Hansen Jacobsen, los dibujos de Kubin y esa colección terrible, inquietante, angustiosa de los *Desastres*, de nuestro D. Francisco de Goya y Lucientes.

Pero en los tiempos modernos el más terrible enemigo de la guerra es el caricaturista. El caricaturista que no retrocede ante nada; á quien incluso los helénicos tiempos de dioses, semidioses y héroes, sirvieron de inspiración para satíricos ataques dibujados; que en los coros de las basílicas, en las historiadas capitulares de los códices, en las piedras de claustros conventuales y aun de sepulcros nobiliarios, dejó su huella burlona, comenta de un modo breve y conciso los aspectos de la guerra.

Cada periódico, después de largas, interminables—y algunas veces incomprensibles—columnas de prosa dando cuenta de batallas ó simples escaramuzas, publica una caricatura.

Esta caricatura es el resumen de todo lo que dicen esas columnas de prosa.

Y siempre beneficiosa esta labor de los caricaturistas. Lo mismo cuando tiene la trágica obsesión de ciertas páginas del *Simplicissimus*, que la gracia irónica de un dibujo de *Sileno* ó esa romántica dulzura del famoso dibujo de Villotte en que varios angelitos despojan de su armadura á una mujer que simboliza Francia y escribe debajo esta leyenda: *Desarmada estás más hermosa*.

No obstante, el caricaturista no debe ser nunca un enemigo de su patria por odio á la guerra. El mismo lápiz que ataque las sangrientas injusticias habrá de señalar rumbos heroicos cuando sea preciso ser héroes. Porque tan reprochable es la sanguinaria crueldad de los más fuertes, como la cobardía de los que por débiles pudieran huir del enemigo.

Odiad la guerra en buena hora; poned vuestros lápices al servicio de esa causa tan bella; pero, en caso de peligro, que vuestros lápices sean las primeras armas lanzadas contra el enemigo y detrás de ellas irán las armas de nuestros soldados y nuestras plumas de escritores.

El pintor Anglada

Trece pintores españoles afirman en la Exposición Internacional de Venecia el renacimiento artístico de nuestra patria. Entre esos trece pintores están los más ilustres nombres: Sorolla, Chicharro, Rusiñol, López Mezquita, los Zubiaurre, Benedito, Rodríguez Acosta, Hermoso, Casas...

Pero, á pesar de sus prestigios, á pesar de la indiscutible belleza de sus obras—algunas ya conocidas en España—no es ninguno de ellos el triunfador definitivo, inatacable de esa Exposición Internacional.

Este triunfador — una vez más y siempre fuera de España—es Hermenegildo Anglada Camarasa, á quien se le ha consagrado una sala entera y que en 1914 ratifica en Italia su personalidad de gran colorista, después de las victorias de 1903 y de 1911.

Anglada Camarasa expone 18 retratos de mujer que la crítica italiana adjectiva como maravillosos, y algunos de los cuales—*Valenciana entre dos luces*, *Ojos verdes*—pueden sostener, sin vencimiento, la comparación con otras telas del maestro como *Baile de gitanas* y el prodigioso *Pavo real blanco*.

El caso del catalán Anglada Camarasa como el caso del vasco Zuloaga son un poco vergonzosos para España.

José FRANCES

LA ESFERA

NOTAS DEL VERANO



CÁMARA



EN LA PLAYA

Dibujo de Manchón

NOTAS CIENTÍFICAS DE ACTUALIDAD

LOS EXPLORADORES DEL POLO



Mr. James Murray, oceanógrafo.—
Mr. Alester Forbes, médico de la
expedición; muertos en las tierras
polares



Mr. Henri Beauchat, antropólogo.—
Mr. Anderson, primer oficial del
"Karluk", muerto en la expedición
polar



Otros ocho nombres á añadir á la negra lista de víctimas de la Ciencia. Son los valerosos compañeros del explorador Viljamur Stefasson, que, partiendo hace un año del Canadá en el barco *Karluk*, llevaban el propósito de averiguar la existencia de un continente virgen en el Norte de Alaska, y una vez descubierto conquistarlo para Inglaterra. Pero, por desgracia para la ciencia, los resultados fueron funestos. Alejada la expedición del barco é internada



El barco explorador "Karluk", que condujo al polo ártico á la expedición Viljamur Stefasson, que ha perecido en su totalidad en aquellas apartadas regiones

en las soledades del polo ártico, debió ser sorprendida, como la de Scott, por alguna espantosa tormenta, pereciendo los ocho individuos que la componían, entre ellos Viljamur Stefasson, el oceanógrafo James Murray, el antropólogo Henri Beauchat, el médico Alister Forbes Mackay y el comandante del *Karluk*, mister Anderson.

Este desastre ha causado profunda impresión en el mundo científico y principalmente en Inglaterra.

EL PRÓXIMO ECLIPSE DE SOL

La observación astronómica más interesante de un eclipse total de Sol, es el estudio de la corona solar; todo lo demás puede estudiarse sin esperar los eclipses; la corona es absolutamente inobservable en condiciones normales: sólo se la puede reconocer en los eclipses totales de Sol.

Esa corona misteriosa despierta cada vez más interés; su naturaleza, desconocida todavía, preocupa á los sabios porque á ella se atribuyen modernamente esos pocos hechos ligados con la actividad y con los fenómenos atmosféricos.

Este apéndice solar experimenta profundas modificaciones, ligadas con las manchas sola-

res, y con ellas mismas está ligado el magnetismo terrestre; así en 1900, con *mínimo de manchas*, la corona era alargada en el ecuador solar como se ve en la fotografía, y en 1905, con máximo de manchas, tenía la forma radiada. El eclipse actual coincide también casi con un mínimo de manchas, aunque el mínimo realmente haya pasado hace algunos meses.

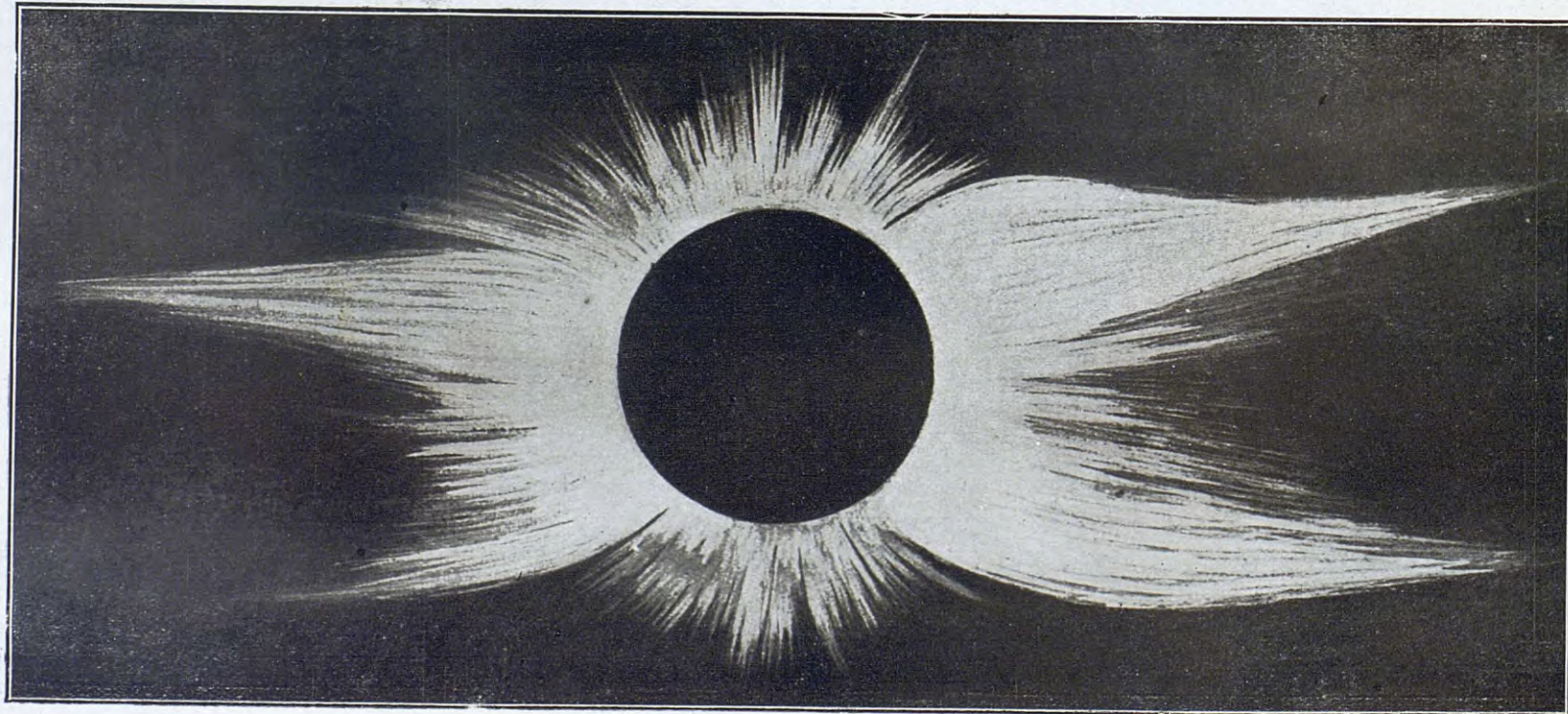
Hay algo todavía más interesante que esa forma y es la composición de la corona; los cuerpos que la forman, el estado de esos cuerpos, etcétera, etc. La Comisión española que preside el Sr. Azcarza y que desde los primeros días de Agosto está en Crimea, lleva aparatos espectro-

gráficos para acometer el estudio de esa composición, como la llevan todas ó casi todas las demás comisiones.

Este eclipse que lleva á Rusia astrónomos y físicos de todos los países cultos, tendrá poca ó ninguna importancia en España, pero será visible para todos, como parcial solamente.

En Madrid empezará á la 11 horas, 18 minutos y 55 segundos del viernes 21 de Agosto y acabará á la una de la tarde, 24 minutos y 28 segundos.

El medio del eclipse es á la 12 horas, 22 minutos y 55 segundos, y la parte de sol tapada será próximamente la tercera parte del diámetro.



La corona solar durante el eclipse de 1900

LA ESFERA

ESCENAS DE LA GUERRA



SOLDADOS FRANCESES JUGANDO A LAS CARTAS DURANTE UN DESCANSO EN SU MARCHA HACIA LA FRONTERA ALEMANA
T. CHUSSEAU-PLAVIERS

LOS QUE FUERON DON ANGEL DE SAAVEDRA

TRÁTASE de uno de los hombres más extraordinarios y de más asombroso relieve de aquella generación que, al dar los primeros pasos por la senda de la vida, en la florida edad de las doradas ilusiones y de los mágicos ensueños, romántica y altruista, vióse de repente envuelta en la vorágine de la guerra, y hubo de acudir, animosa, á los campos de batalla, para defender la independencia de este viejo solar castellano, cautelosa y traídoramente invadido por las tropas del por entonces vencedor de Europa.

Don Angel de Saavedra, nacido en Córdoba el 10 de Marzo de 1791, hijo segundo de D. Juan Martín de Saavedra y Ramírez, Duque de Rivas, y de doña María Dominga Ramírez de Baquedano y Quiñones, Marquesa de Andía y de Villalinda, grandes de España, fué uno de los jóvenes que con mayor entusiasmo é impetuosidad se lanzaron á la defensa de la madre patria, contra el extranjero invasor, aunque sus innatas inclinaciones eran muy distintas, pues como dice uno de sus biógrafos, «fué pintor y poeta desde la cuna».

A la edad de siete años, Carlos IV le nombró capitán de caballería, agregado al regimiento del Infante. Al fallecer el Duque en 1802, siendo su hermano mayor heredero del título, la Duquesa viuda dispuso que su hijo D. Angel entrase en el Real Seminario de Nobles, al objeto de que recibiese la brillante educación que correspondía á su clase.

A fines del año 1806, cumplidos los diez y seis de su edad, salió del Seminario para incorporarse á su regimiento que estaba en Zamora; pero la Duquesa no quiso que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, y pudo conseguir que pasara al cuerpo de guardias de la Real persona, dejando su empleo de capitán por el de alférez sin despacho, como simple guardia.

Próximos los sucesos de 1808 y asustada la Corte, que residía en Aranjuez, quiso ésta rodearse de defensores fieles y dispuso que fueran á su lado los guardias reales. No habiendo suficiente número de caballos, tenían que quedarse en Madrid los guardias más jóvenes, entre los cuales se contaba Saavedra; pero éste, cuyo carácter impetuoso no se avenía á ser elemento pasivo, pidió marchar en un potro cerril de la remonta. Allí fué como fantástico centauro y pudo ver «la caída de un favorito, la destitución de un Rey, la abdicación de un padre, el alzamiento de un hijo por el ímpetu popular, y entró á poco en Madrid en la escolta del nuevo Rey Fernando VII, el día que con tanto júbilo y entusiasmo le recibió la capital de la Monarquía, invadida ya por el ejército francés».

El escuadrón de guardias reales, mandado por el Duque de Rivas, se lanzó al campo. Después de la gloriosa batalla de Bailén, el ejército de Castilla marchó sobre Madrid, y en esta marcha combatió D. Angel por primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés. Al llegar á este punto dejó la palabra á su biógrafo D. Nicomedes Pastor Díaz:

«Tocaba á su fin el año 1809 (tenía D. Angel entonces diez y ocho años), y el 18 de Noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la división de Bernuy sobre Ontígola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas mandadas por el general Paris. Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel encuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la división, rehaciéndose y volviendo caras tres veces sobre el enemigo, con pérdida de más de la tercera parte de su fuerza. Tuvo D. Angel herido el caballo desde los primeros momentos; pero continuó peleando con indecible denuedo cuerpo á cuerpo y á cuchilladas con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza y una estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un bote de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y pasó sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes.»

Era más de media noche cuando volvió en sí D. Angel, encontrándose rodeado de cadáveres. Entre las tinieblas de la noche, creyó divisar el bulto de un hombre que llevaba detrás de sí un caballo, y le gritó que viniese á socorrerle. Era un soldado español, llamado Buendía, el cual,

terciando al herido sobre el caballo, corriendo grandes peligros, lo llevó á Ocaña. Allí acudió el Duque y dispuso que lo trasladasen á Villacañas, donde se le hizo la primera cura formal. Su estancia en aquel pueblo le inspiró un bello romance, del cual son estos versos:

«Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada,
el caballo sin aliento
y perdida la batalla;
manchado de sangre y polvo,
el laso potro aguijaba
y entre sustos y congojas
llegar logré á Villacañas.»

Pasados tres días le condujeron á Baeza, donde fué soberanamente asistido, mejorando mucho de sus heridas, á excepción de la lanzada en el pecho y otra en la cadera. A los veinte días, algo repuesto, pasó á Córdoba, donde se le hizo un entusiasta recibimiento. Los solícitos cuidados de la familia apresuraron su convalecencia.

Al forzar los franceses el paso de Sierra Morena á principios de 1810, retiróse Saavedra con su madre á Málaga. Entraron de pronto los enemigos; no pudieron embarcarse; y después de perder sus equipajes, tuvo que esconderse con su madre, disfrazados ambos y faltos de recursos, en la miserable barraca de un pescador del Perchel. De allí los sacó un oficial español, pasado á los franceses, que debía favores á los Duques de Rivas. Este hombre, les facilitó cuanto necesitaban para dirigirse á Gibraltar, desde donde pasaron á Cádiz, que acababan de sitiar los franceses. El general Castaños, presidente de la Regencia del Reino, concedió á D. Angel el grado y sueldo de capitán de caballería, quedando agregado al cuerpo de guardias.

En Cádiz, durante aquel sitio memorable, trabó cariñosa amistad con D. Juan Nicasio Gallego, D. Manuel José de Quintana, D. Francisco Martínez de la Rosa y otros insignes literatos. Estaba en su natural elemento: la guerra y la poesía.

Era un temperamento tan entusiasta y tan belicoso que, siendo ayudante del Estado Mayor y habiendo sido comisionado por la Regencia para adquirir noticias de la batalla de Chiclana, «su ardor le llevó á mezclarse activamente en la pelea, antes de atender al inmediato objeto de su comisión». Cuando terminada la guerra no quedaba ya un solo francés en territorio español, se retiró del servicio militar, con el grado de teniente coronel.

A la vuelta de Fernando VII, tuvo la suerte de no ser perseguido—como temía—por sus ideas liberales; por el contrario, el Rey le concedió el empleo de coronel de Caballería con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en Sevilla. Quiso escribir para el teatro y en 1814 compuso la tragedia *Ataulfo*, que fué prohibida por la censura. Dió poco después otra tragedia, *Alíatar*, que obtuvo gran éxito en un teatro de Sevilla. A esta siguió *Doña Blanca*, aplaudida también. Escribió luego aunque no dió al público, *El Duque de Aquitania*, pálida imitación del *Orestes* de Alfieri. Con estas tragedias, el poema *El Paso honroso* y otras composiciones líricas, pensó hacer en 1819 una edición de sus poesías, «sujetándose á la censura de don Juan Nicasio Gallego, confinado entonces en la Cartuja de Jerez.

Preparando la edición de sus poesías, le sorprendió la revolución que dió por resultado el restablecimiento de la Constitución de 1812. Vino á Madrid y solicitó del ministro de la Guerra licencia por seis años para viajar por el extranjero. Le fué otorgada y á los pocos meses de hallarse en Francia, un nuevo rumbo de la revolución española le hizo volver precipitadamente á Madrid. Su íntimo amigo Alcalá Galiano le arrastró á su partido, que era el más exaltado. En las elecciones para la legislatura de 1822, D. Angel de Saavedra fué elegido Diputado por Córdoba y entró de lleno en las ardientes luchas de la política.

No consienten la índole de este trabajo ni el espacio de que puedo disponer, seguir paso á paso á Saavedra en esta primera etapa de su vida política. Baste decir que se reveló como orador fogoso y elocuente; que fué de los diputados que pidieron la traslación de la Corte á Sevilla y la suspensión del Rey y que, como consecuencia de todo esto, tuvo que emigrar á Inglaterra cuan-

do Fernando VII fué repuesto en su trono. Como el clima de Londres fuese perjudicial para su salud, muy delicada entonces, quiso pasar á Italia, y al efecto solicitó una licencia del Papa; pero aunque le fué otorgada sin dificultad, no pudo conseguir su propósito por manejos de la diplomacia española. Al llegar á Liorna y exhibir su pasaporte, el cónsul lo remitió á Roma; lo devolvieron á correo seguido como auténtico; «mas con la prohibición absoluta de que el portador pusiera los pies en los Estados romanos». A esta repulsa siguió una orden del Gobierno toscano para que don Angel y su esposa (se había casado en Gibraltar durante su permanencia en dicha plaza) salieran de su territorio en el término de tres días.

En tal apuro acudió al cónsul inglés y éste puso á su disposición un bergantín para conducirlo de nuevo á Inglaterra: un horrible temporal hizo que el buque, ya casi perdido, arribase á la isla de Malta. No pensaba detenerse allí más tiempo que el necesario para hallar proporción de regresar á Londres; «pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta comodidad para vivir y tan hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto adonde le habían llevado la casualidad y el infortunio».

Cinco años de tranquilidad pasó en la isla de Malta, y allí principió su evolución hacia la literatura romántica, si bien el tránsito del uno al otro género se verificó con cierta lentitud. De Malta pasó á Orleans, donde estableció una escuela de pintura, á la que no faltaron discípulos. Trazó varios retratos que agradaron mucho, y el Museo de dicha ciudad le compró en alto precio un cuadro de *natura muerta*, bastante notable. La revolución de Julio le abrió las puertas de París, y en la gran ciudad se instaló con su familia, encontrándose allí con sus amigos Istúriz y Alcalá Galiano, como él impenitentes, revolucionarios. Pintó algunos cuadros que fueron admitidos en la Exposición del Louvre en 1831 y su nombre consta en el anuario de artistas establecidos en París aquel año.

Habiéndose retirado á Tours, por los estragos del cólera, escribió en dicha población en prosa, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, que Alcalá Galiano tradujo al francés para que se estrenase en París, propósito que no se realizó aunque á algunos literatos franceses les entusiasmó el drama en su lectura.

La primera amnistía de Fernando VII en 1833 no comprendía á Saavedra, que estaba condenado á muerte, como todos los que votaron la deposición del Rey; pero sí le comprendió la que dió la Reina Cristina, muerto su marido. El 1.º de Enero de 1834, á los diez años de ausencia, entró don Angel de Saavedra en España. Era Presidente del Consejo de Ministros Martínez de la Rosa, con el cual no obstante la oposición que le había hecho el año 22, tenía buena amistad. Cayó de nuevo en las garras de la política; y aunque maduro ya su juicio y más templadas sus ideas, «defendía opiniones más avanzadas de lo que convenía en aquella época, si bien comparadas con sus antiguas doctrinas, no merecían el dictado de anárquicas».

El 12 de Marzo de 1834 falleció el Duque de Rivas; y no dejando sucesión, hallóse don Angel heredero de su Grandeza de España, títulos y bienes. El nuevo Duque fué llamado á ocupar un puesto en el Testamento de Próceres, y abiertas las Cortes el 24 de Julio de dicho año, fué elegido segundo secretario, quedando al día siguiente de primero por muerte repentina de don Diego Clemencín.

Una nueva senda de gloria y también de luchas y responsabilidades, se abría ante el antiguo héroe militar, fogoso revolucionario é insigne poeta; pero esta segunda etapa de su vida, tan distinta de la primera aunque no menos accidentada, requiere capítulo aparte.

FRANCISCO FLORES GARCÍA



D. ANGEL DE SAAVEDRA

EL ATAQUE Á LIEJA POR LOS ALEMANES



Vista panorámica de Lieja



La plaza del teatro



Palacio de la Universidad



Palacio del Gobernador

La ciudad de Lieja, primera cuyo nombre ha fulgurado con resplandores de heroísmo en esta épica lucha de las naciones europeas, es por el número de sus habitantes y por la importancia de su industria, la cuarta población de Bélgica. Señorío gobernado en la Edad Media por los obispos y dependiente de Alemania, la provincia de Lieja perteneció luego al llamado círculo de Westfalia, fué francesa desde 1795 á 1814, constituyendo parte del departamento del Ourthe, y en 1815 quedó incorporada al reino de Bélgica.

Lieja es una hermosa población en la que abundan los monumentos arquitectónicos medioevales, destacándose por su belleza la Catedral fundada en 968, bajo la advocación de San Pablo y reedificada en 1280, y la iglesia de Santiago, llamada por algunos la maravilla de Lieja, que data de 1014.

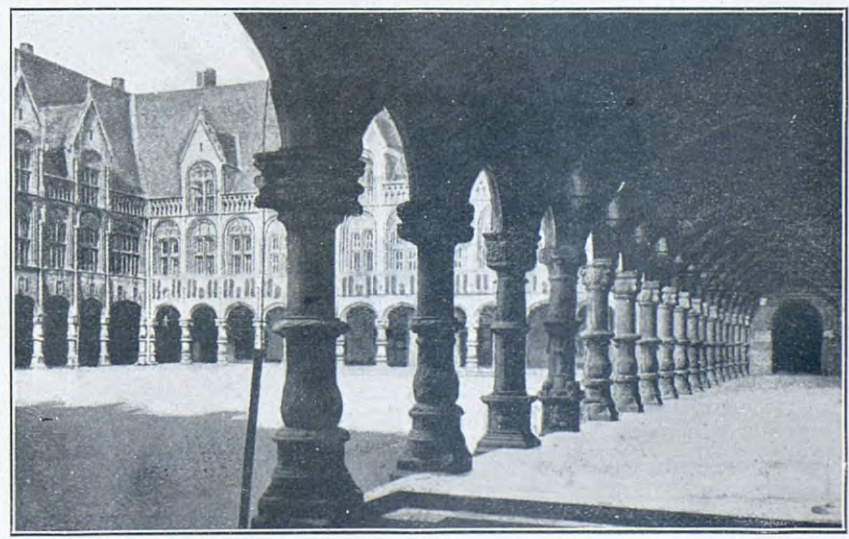
Lo que da á Lieja su principal vida actual es su industria hullera, base de toda su prosperidad; la riqueza y la cantidad de mineral son extraordinarias, hallándose los yacimientos tan cerca de la ciudad, que sus galerías pasan por debajo del cauce del Mosa que divide á la urbe.

También son industrias importantísimas en Lieja la fábrica de armas del Estado, la fundición de cañones y la fabricación de locomotoras y material ferroviario.

Lieja y Amberes son los dos principales recintos fortificados de Bélgica, en los que se ha acumulado los últimos perfeccionamientos de la técnica militar. Esto explica la enorme y empeñada resistencia que la ciudad de Carlomagno ha ofrecido á los primeros ataques germánicos.

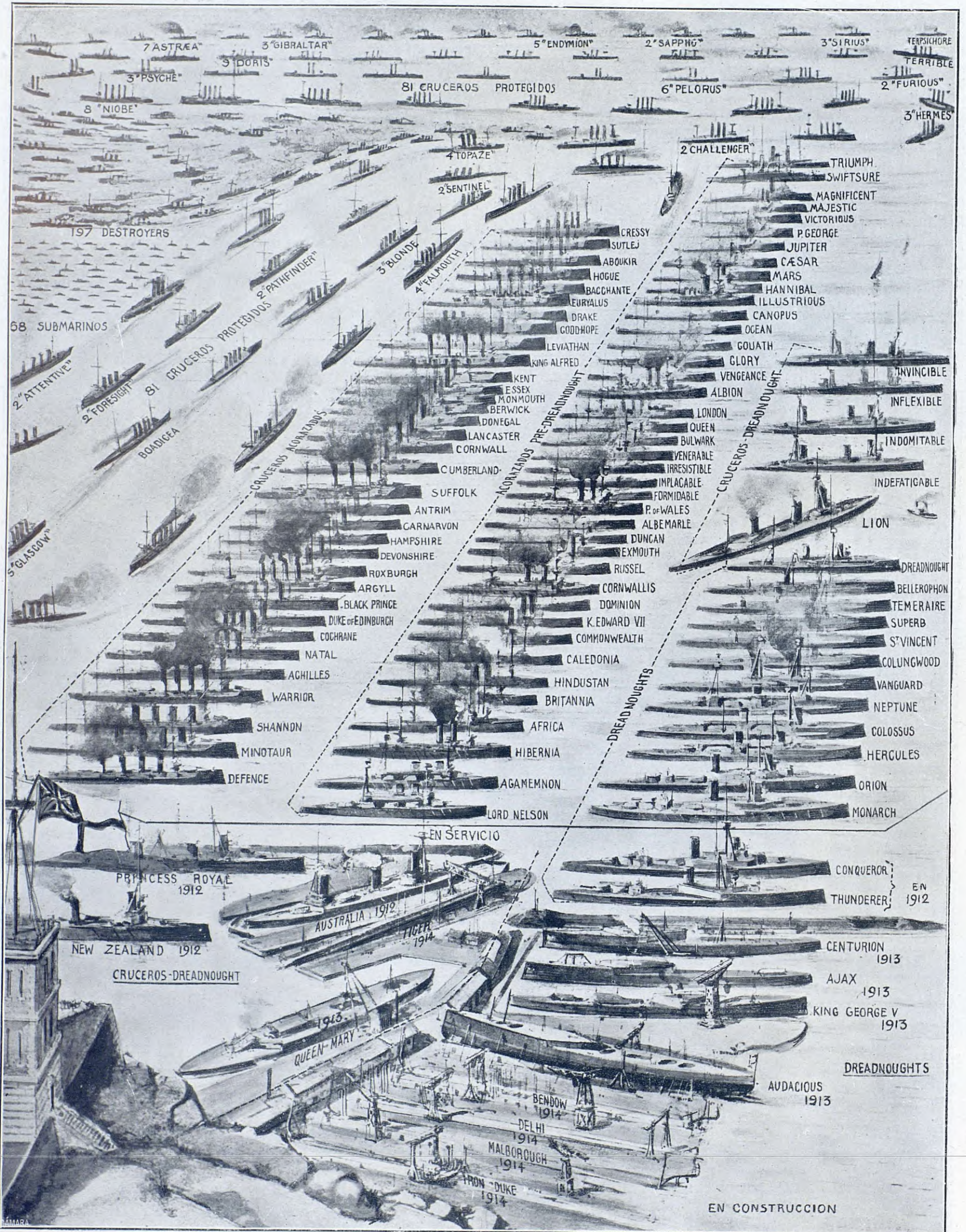


Estación del ferrocarril



Patio del Palacio de Justicia

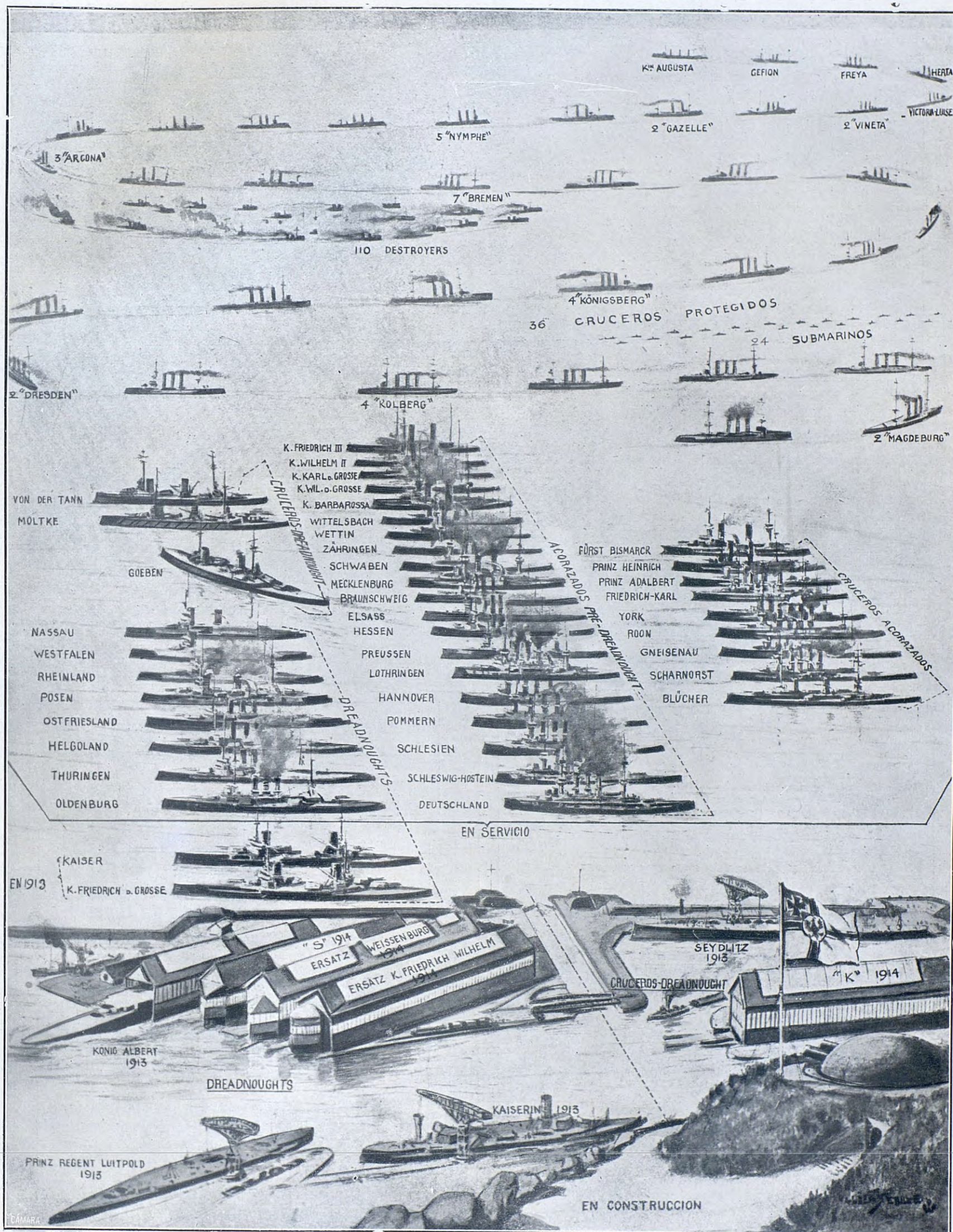
LA ESFERA EL PODERIO NAVAL DE INGLATERRA



Creemos que nada puede dar idea más exacta del poderío naval comparado de Inglaterra y Alemania, que los dos gráficos adjuntos, establecidos según los documentos estadísticos más recientes (mediados de 1912).—Por encima de la línea horizontal figuran todos los buques actual-

mente en servicio, dispuestos en columnas. Comprende la primera los "dreadnoughts" (superiores a 18.000 toneladas y sólo con artillería de grueso calibre), constituyendo la base formidable de ambas escuadras, hoy en presencia en el Mar del Norte, según todas las probabilidades.

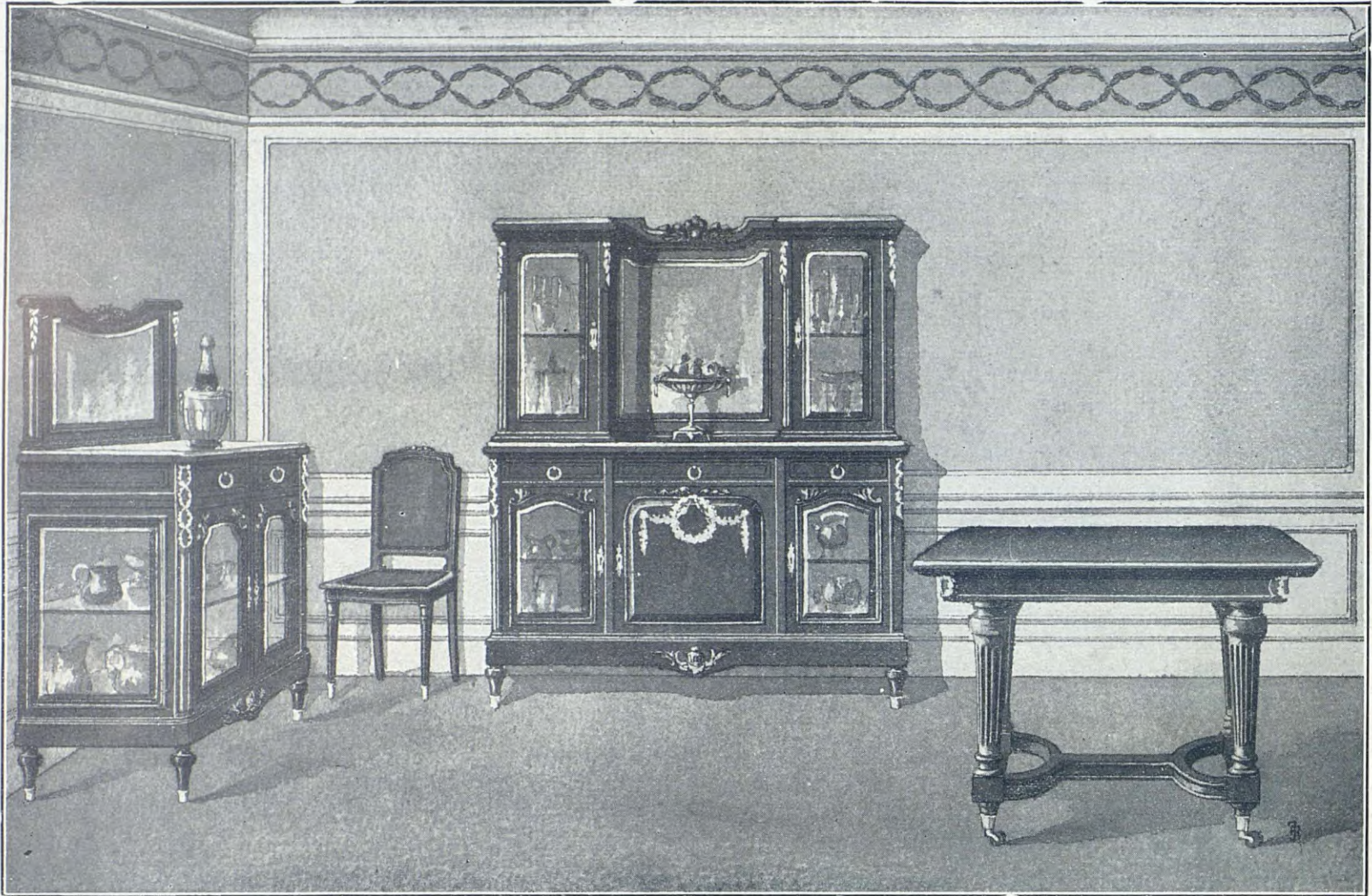
LA ESFERA EL PODERIO NAVAL DE ALEMANIA



La segunda columna en ambos gráficos incluye los cruceros "dreadnoughts" acorazados, de más de 18.000 toneladas y gran velocidad; la tercera los acorazados de tipo anterior al "dreadnought", pero todavía de eficiencia militar considerable; la cuarta los cruceros acorazados. En

la parte inferior aparecen los "dreadnoughts" en grada ó completando su artillado (alguno de ellos ya en servicio, como indica la fecha de armamento situada al lado del nombre), y en la parte superior los cruceros protegidos, "destroyers" y submarinos, apoyo de los mayores barcos.

SANTOS RIESCO — 35, ALCALA, 35



Patentes en muebles de cristal y colgaduras de encajes. :: Grandes premios. :: Traslado á Peligros, 20, hasta que terminen las obras del nuevo local en la Gran Vía

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS ESTÁN
MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS
EN ARTÍSTICAS MONTURAS DE PLATINO
Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARÍS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES; NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS

36, Bd. DES ITALIENS

S. PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETSKI MOST

LABORATORIO

AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE

ALBERTO ITURRIOZ

::: FUENCARRAL, 20 :::

Cuadros, cromos, dibujos,
estampas. :: Marcos y mol-
duras. :: Miniaturas. :: Re-
producciones

La casa mejor surtida de Madrid

GRAN SALÓN DE EXPOSICIONES

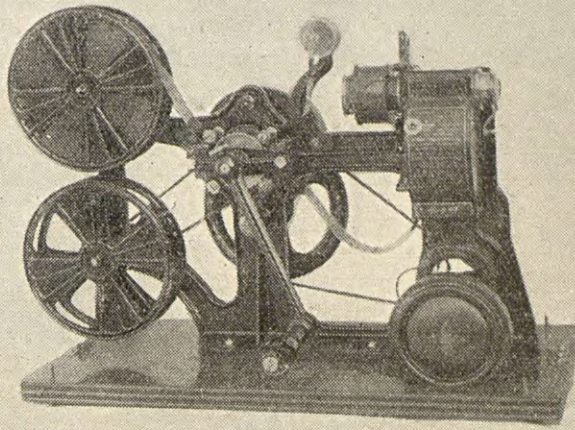
MAYOR, núm. 18, entlos.

"KOK"

La vida del campo sin distracciones que recuerden la vida de Madrid, se hace insoportable, sobre todo en las veladas. Para evitar el aburrimiento adquiera usted un cinematógrafo

"KOK" PATHÉ FRÈRES

EL QUE MENOS GASTA
EL MÁS ENTRETENIDO
EL MÁS UTIL en las noches de mal tiempo para el gabinete, y en las noches espléndidas de gran calor, para el jardín



Pídanse catálogos. :: Precios fantásticos, inverosímiles por

lo reducidos

Películas ininflamables de asuntos interesantísimos y variados

ALQUILERES
Y ABONOS
DE LAS MISMAS

MAYOR, núm. 18, entlos.

PEELE

GRAN PREMIO
Y MEDALLAS DE ORO
EN LAS
EXPOSICIONES INTERNACIONALES
DE HIGIENE DE PARÍS, LONDÓN
Y GÉNOVA

Los célebres preparados del
sabio dermatólogo alemán

DR. LEHMAN

HERMOSURA JUVENIL ETERNA

Lotion PEELE

para el cutis sin pintarlo,
Ptas. 10 frasco y 5,85 medio frasco.

Hierbina PEELE

para el cuerpo siendo radioactiva,
Pesetas, 6, frasco.

Elixir PEELE

para el pelo parando su caída inmediatamente,
Pesetas, 6, frasco.

EAU DE COLOGNE PEELE

la más concentrada, higiénica, refrescante,
Ptas. 5,50 la botella.

PLVOS DE ARROZ PEELE

vegetales, completamente puros,
Pesetas, 5 la caja.

Polvos dentífricos PEELE

dan blancura incomparable conservando el esmalte. :: Ptas. 1,85 la caja

De venta en todas las Perfumerías, Farmacias y Droguerías.
Concesionario exclusivo universal: **ERNESTO LOWENSTERN 31, Sagasta, 31-Madrid**

Representantes exclusivos de esta Revista en la República Argentina

Massip y Comp.^a

Rivadavia, 698, BUENOS AIRES



VINOLIA

EL JABÓN VINOLIA LIRIL VIOLETES DE PARME es un Jabón delicadamente perfumado y da una espuma cremosa que posee grandes propiedades calmantes y de limpieza.

London.

VINOLIA.

Paris.

V 759

K Â U L A K

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

Jabón Flores del Campo

Creación de la
Perfumeria
Floralia

Granada 2,
Madrid.



¡Ay hijo! desde que
sabe que el jabón
"Flores del Campo"
es el mejor no se deja
lavar con otro.

Pts. 125 la pastilla. De venta en todas las buenas perfumerias

3

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



MARCA
REGISTRADA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

res/137